6668

CELSO LUCIO y ALLEN-PERKINS

LA MANO NEGRA

MELODRAMA EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO

DIVIDIDO EN NUEVE CUADROS

EN PROSA

Estrenado en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 15 de Julio de 1909.

Copyright, by the authors, 1909.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12.
1909

13

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lamanonegramelod3201luci

LA MANO NEGRA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

CELSO LUCIO y ALLEN-PERKINS

LA MANO NEGRA

MELODRAMA EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO

DIVIDIDO EN NUEVE CUADROS

EN PROSA

Estrenado en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 15 de Julio de 1909.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁDDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo
1909

Á ENRIQUETA PALMA Y Á LUIS REIG

Admirables intérpretes de Querubín y Juan León que, como artistas notables y cariñosos amigos, pusieron la noche del estreno todo su talento y cosecharon una ovación en cada cuadro.

Sería injusto no hacer constar nuestro agradecimiento á todos los demás artistas que tomaron parte en la obra, y muy especialmente á la encantadora niña Nieves Barbero, que creó su papel como una actriz eminente.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Querubín	Srta. Palma.
Alicia	Sra. Cob.
Laurita	Barbero (niña).
Emma	Sra. Badillo.
Clarisa	» Domínguez.
Mery (doncella)	» Calvo.
Juan León	Sr. Reig.
Jorge	» Viñas.
Mister Maston	» Soto.
Mister Miller	» Gutiérrez.
Mister Topsson	» Soler.
Antonio	» Jerez.
John	» Villafranca.
Paolo	» Barbero.
Dick	» Soto.
El Juez del Distrito	» Gutiérrez.
Frank	» Cejuela.
Comisario 1.º	» Palma.
» **2.º**	» N. N.
Policía 1.º	» Vico.
» **2.º**	» N. N.
Agente 1.º	» Cejuela.
» **2.º**	» N. N.
Bebedor 1.º	» Cejuela.
» **2.º**	» San Martín.
» **3.º**	» Vico.
Un pobre	» Pérez.

Marineros, policías, niños, etc.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Villa Jauja.

La acción en una barriada próxima al puerto de New-York. Es de noche. La escena dividida en dos planos, representa: A la derecha, y ocupando dos terceras partes del escenario, una taberna con mostrador, estante, mesas, taburetes, etcétera, etc. Por la puerta (foro) se ve el puerto y á lo lejos la hermosa ciudad resplandeciente de luz. Una puerta secreta primer término derecha y una escalera (foso) que baja á la bodega. La otra tercera parte del escenario, un zaquizamí lleno de trastos viejos: da salida á la calle una puerta vieja y desvencijada.

ESCENA PRIMERA.

En el plano de la derecha aparecen: CLARISA, en el mostrador; BEBEDORES 1.°, 2.° y 3.°, en una mesa. Estos personajes son tres marineros. En la puerta, fumando la pipa, ANTONIO, que mira al fondo. Es cerca de media noche.

BEB. 1.° (A Clarisa.) ¿No queda más ginebra?

CLARI. Voy, voy. (Tomando del mostrador lo que la piden.)

BEB. 2.° Traiga los dados.

ANT. (Desde la puerta.) Faltan unos minutos para las doce. No hay que descuidarse.

BEB. 3.° En unos minutos puede uno hartarse de perder. (Al Bebedor 1.°.) ¿Verdad?

670027

BEB. 1.° ¿Y por qué este nuevo rigor de la Jefatura? En los puertos los marineros deben tener un sitio donde matar el tiempo hasta embarcar.

BEB. 2.° El nuevo Jefe de policía extrema las medidas de vigilancia desde las últimas hazañas de «La Mano Negra».

BEB. 3.° ¿Pero existe realmente esa Sociedad?

BEB. 1.° Existe y cumple sus amenazas.

CLARI. (Sirviendo.) La ginebra y los dados.

BEB. 2.° Ya conocéis la muerte de Mister Peterson.

BEB. 1.° Recibió una carta de «La Mano Negra» en que se le pedía pusiera en libertad á tres detenidos y en la que se le amenazaba de muerte, caso de no acceder. Mister Peterson, no dió importancia al anónimo. El mismo día que se firmaba la sentencia de aquellos tres hombres, le encontraron muerto. Había sido estrangulado por la noche en su propia casa. Sobre el cadáver del Juez se encontró un papel en que se leía: «Amenaza cumplida».

ANT. ¡Bah! ¡No hagáis caso! ¡Cosas que inventa la policía para darse importancia! (Siguen hablando, bebiendo y jugando á los dados.)

ESCENA II

Dichos, QUERUBIN; á poco UN POLICÍA.

QUER. (Entrando.) ¡Buenas noches!

ANT. (A Querubin.) ¡Hola, español!

QUER. (Dirigiéndose al mostrador.) ¡A los pies de usted, vecina!

CLARI. (Bruscamente.) ¿Qué quieres?

QUER. Deme usted dos panecillos.

CLARI. ¡No fio más! ¿Tienes dinero? (Mirándole con desconfianza.)

QUER. Incluso para convidarla, si usted acepta un convite mio.

CLARI. Gracias. Aquí tienes. (Dándole dos panecillos, que sacará del cajón). Mañana es fin de mes... Ya sabes...

QUER. Comprendido, amable casera. Eso quiere decir que tengo que pagar, ¿no es eso?

CLARI. Tú verás.

QUER. Pues tenga la bondad de cobrarse la mensualidad de *mi chalet*, los panecillos, una botella de vino que me voy á llevar y un whisky que se va á tomar el señor Antonio. (Poniendo una moneda en el mostrador.)

CLARI. ¿Has heredado? ¡Oye, Antonio: Querubín te convida á whisky! ¿Quieres?

ANT No, gracias. No bebo á estas horas.

QUER. ¡Còmo ha de ser, paciencia! ¡Otra vez será!

ANT. (Desde la puerta, burlándose.) ¿Estás contento con tu suerte?

QUER. ¡Encantado, señor Antonio! Cierto es que hay días que no como; pero váyase por los días en que ni como ni bebo.

ANT. Pero hoy...

CLARI. ¿No lo dirás por hoy?

QUER. Por hoy precisamente, no. Hoy tengo pan, vino y algunos dollars, que pongo á su disposición. (Aparece en la puerta un policía)

POLI. ¡Las doce! (Toca un silbato, que es contestado por otro más lejano.)

ANT. Voy á cerrar ahora mismo.

QUER. Hasta mañana. ¡Buenas noches!

CLARI. Adiós, hombre. (Vase Querubín.)

POLI. (A Antonio, viendo salir á Quer.) ¿Quién es ese?

ANT. Un ratón de puerto. Vive en la barraca de al lado con un compatriota.

POLI. (Apuntando en un carnet.) ¿Español?

ANT. Sí. Le conocen por Querubín.

POLI. ¿Cómo se llama el compañero?

ANT. Juan León. También español y antiguo artista de Circo.

POLI. (Sigue apuntando en el carnet.) ¿Y esos tres? (Por los bebedores.)

ANT. Marineros. (Querubín ha entrado en el plano de la izquierda. Enciende un cabo de vela; deja el vino y el pan en un rincón y se queda con el periódico que envolvía todo.)

QUER. Entretengamos el tiempo. (Desarrugando el periódico y poniéndose á leer.)

ANT. (Al policía.) ¿Una copa de rom?

POLI. (Por lo bajo.) Cuando se vayan esos. (Por los bebedores. Estos pagan en el mostrador y se despiden de Clarisa.)

BEB. 1.° ¡Buenas noches!

CLARI. Buena suerte. (Vanse los bebedores).

ESCENA III

CLARISA, ANTONIO y el POLICIA, en el plano derecha. En el plano izquierda, QUERUBIN; á poco JUAN LEON.

ANT. Clarisa, sírvele á nuestro amigo una copa de rom. Del bueno.

POLI. No hay rom malo.

CLARI. (Sirviéndolo.) Este es superior. (Bebe una copa el Policía.)

ANT. ¿Otra?

POLI. No, gracias. Hoy tenemos tarea hasta muy tarde; hay que estar sereno.

ANT. ¿Se prepara algún golpe?

POLI. Bah. ¡Lo eterno! Confidencias, anónimos y luego... nada! Esta noche hay un acecho.

ANT. ¿Aquí?

POLI. No. Se trata de unos italianos que viven al otro extremo del puerto. Voy á dar la señal al compañero. Hasta mañana. Buenas noches.

ANT. Hasta mañana.

(Vase el Policía. Toca el silbato, que es contestado por otro. Antonio cierra la puerta de la calle.)

CLARI. ¿Esperamos?

ANT. Apaga la luz y baja tú; yo esperaré.

CLARI. ¿Vendrá él...? (Sin atreverse á pronunciar el nombre.)

ANT. No lo sé. Por si acaso baja con los otros.

(Clarisa apaga la luz y vase por la escalera foro. Antonio se sitúa en la puerta secreta; se sienta y fuma la pipa.)

JUAN L. (Entrando en el plano de la izquierda.) Hay días que no debía uno salir á la calle. Hola, Querubín, ¿qué haces?

QUER. Ya lo ves. Te esperaba leyendo la prensa. ¿Qué tal tus asuntos?

JUAN L. Mal. No se arregla nada. ¿Y tú, cómo marchas?

QUER. ¿Yo? ¡Ya lo ves! ¡Viento en popa! (Levantándose y enseñando los pantalones.)

JUAN L. ¡Sí¡ ¡Ya lo veo!

QUER. Es posible que mañana empiece á trabajar en casa de un vidriero.

JUAN L. Sea enhorabuena.

QUER. Y ahora, ¿qué me dirías si te convidase á cenar?

JUAN L. Te diría que no estoy para bromas.

QUER. ¿Sí, eh...? ¿Con que bromas...? ¿Qué ves allí? (Señalando al rincón donde está el vino y los panecillos.) ¿Qué oyes aquí? (Haciendo sonar las monedas del bolsillo.)

JUAN L. ¡Oye!, ¡oye...! ¿Qué significa...? (Asombrado.)

QUER. Significa dinero, pan y vino... ¿Qué tal?

JUAN L. ¡Admirable! Pero... pero...

QUER. Venga el pero.

JUAN L. Que teniendo dinero, no tiene perdón haber comprado sólo pan y vino para convidar á un amigo como yo.

QUER. ¿Sí, eh? Pero no me negarás que hubiera sido un despilfarro, imperdonable en nuestra situación, comprar cosas en la calle teniendo en casa una espléndida despensa.

JUAN L. (Mirando á todas partes.) ¿A qué llamas despensa?

QUER. Llamo despensa á una habitación llena de jamones; jamones por aquí, jamones por allá, jamones por todas partes.

JUAN L. ¿Y esa habitación?

QUER. Está en la planta baja de nuestro hotel.

JUAN L. Querubín... tú has bebido.

QUER. No, pero beberé. Y ahora, escucha. Tú eres bueno como el pan y forzudo como un Hércules; pero tienes un grave defecto; eres soñador y miras al cielo para mejor remontarte. Yo no soy malo, no tengo grandes fuerzas, es verdad; pero soy ágil y la costumbre de llorar mirando á ese mismo cielo, siempre inclemente para mí, me ha obligado á mirar al suelo. (Con tristeza.)

JUAN L. ¡Mira, Querubin; si te prepones disgustarme, no me convides!

QUER. Tienes razón; cenemos ante todo. Pero ven y ayúdame. (Dirigiéndose á uno de los rincones lleno de trastos viejos.)

JUAN L. ¿A que?

QUER. A un viaje subterráneo... ¿Qué ves ahí? (Señalando al suelo.)

JUAN L. Nada.

QUER. Esa es nuestra fortuna. (Remueve la tierra y deja al descubierto una compuerta.) ¿Y ahora?

JUAN L. ¿De modo?...

QUER. ¿Ves? ¿Ves cómo tengo razón? Alquilas una casa y no disfrutas más que del salón, despreciando las demás piezas...

JUAN L. ¿Y esa entrada?...

QUER. Es la entrada á la despensa. Toma la luz y ven conmigo. (Bajan.)

ESCENA IV

ANTONIO; á poco DIK, JOHAN y PAOLO.

(Se oyen unos golpes ténues en la puerta secreta. Antonio abre y entran Paolo, Dik y John.

PAOLO. ¿Non arribato ancora? (A media voz y misteriosamente.)

ANT. No, pero vendrá. Encended una linterna.

PAOLO. Ecola la mía. (Saca una pequeña linterna.)

ANT. No creo que esta noche nos molesten. De todos modos, no están de más las precauciones. ¿Habéis observado antes de entrar?

DIK. Estate tranquilo. El cabo y los dos números que prestan sus servicios por estos sitios acaban de cruzar el puente.

JOHN. Sé dónde van. (Ríe.) ¡Buen plantón les espera!

DIK. Hoy he visto á nuestro jefe.

ANT. Pues no cometas la imprudencia de decírselo. Ya sabes que no le gusta.

DIK. Pues estuve á punto de saludarle; y eso que nadie le hubiera conocido; pero á «Ojos de lince» no se la dan. (Riendo.) ¿Dónde iría guiando aquel carretón?

ANT. Pregúntaselo cuando venga.

DIK. ¡Gracias! ¡Sé cómo las gasta y tengo mucho apego á mis huesos!

PAOLO. Ripete, ripete la sorte del povero Marco.

DIK. ¡Pobre Marco!

ANT. El lo quiso. Se empeñó en saber la casa de nuestro jefe y tuvo el valor de seguirle. El jefe, que ya le tenía entre ceja y ceja, se apercibió del espionaje y le bastó un golpe de *box* para deshacerse de él.

PAOLO. ¡Poberino! Yo lo había conociulto en Milano, antes de arrivase á cuesta sossietá.

JOHN. ¡Qué bravo mozo!

DIK. ¡Qué ágil! Y qué buenos puños tiene el jefe; pero si echara pulso conmigo...

ANT No seas tonto. Si echara pulso contigo te venceria.

DIK. ¡O no! (Se oye un golpe en la puerta.)

ANT Si quieres salir de dudas... Aquí le tenemos. Propónselo. (Antonio se dirige á abrir. Todo adoptan una actitud respetuosa.)

ESCENA V

DICHOS y JORGE

(Entra vestido de marinero. Aparenta tener unos sesenta años. Peluca y barba gris.)

JORGE. Dik.

DIK. Señor.

JORGE. Te tengo prohibido el beber.

DIK. Y no bebo, señor.

JORGE. ¡Mientes! Esta tarde has bebido ginebra en American-Bar, en unión de unos maquinistas.

DIK. Me invitaron y...

JORGE. No haber aceptado. El alcohol es tu peor enemigo y te hace ser imprudente. Una imprudencia ó una indiscreción, ya sabes lo que cuesta entre nosotros.

DIK. Señor... le prometo...

JORGE. También prometiste y no has cumplido. Es la última vez que te hablo del particular. ¡John!

JOHN. Señor.

JORGE. ¿Cumpliste mi encargo?

JOHN. Al pie de la letra.

JORGE. ¿La carta?

JOHN. Depositada en el sitio indicado.

JORGE. Está bien. ¿Quién hay abajo?

ANT. Clarisa... y los otros.

JORGE. Iros abajo todos, menos Paolo. (Bajan á la cueva Antonio, Dick y Jhon.)

ESCENA VI

JORGE y PAOLO.

JORGE. ¿Sabes lo que me debes, Paolo?

PAOLO. La vita, signore. ¡piú que la mia vita, la vita de la mia figlia!

JORGE. Pues bien; ha llegado el momento de someterte á una prueba. ¿Estás dispuesto?

PAOLO. A tutto, signore. Comandi.

JORGE La prueba es difícil y te juegas el pellejo; pero si tienes habilidad, serás libre de tu juramento y tú y tu hija seréis asegurados contra la miseria.

PAOLO. ¡Disposto, signore; disposto!

JORGE. Es necesario que esta noche seas detenido por la policía á tu regreso á la ciudad.

PAOLO. ¿Per qué motivo?

JORGE. Eso á tu cargo corre. Procura que sea un motivo leve. Mañana serás interrogado por el nuevo jefe de policía. ¿Tienes tus papeles en regla?

PAOLO. ¿Los míos, signore?... (Con temor y asombro.)

JORGE. Los que te dieron.

PAOLO. ¡Ah! ¡Esos, sí!

JORGE. Llévalos, pues te los pedirán.

PAOLO. ¿E dopo?

JORGE. Las demás órdenes van dentro de este sobre. Procura cumplirlas con exactitud. (Entregándole un sobre.) Una vez enterado, quema el papel. Y ahora baja. (Bajan los dos á la cueva.)

ESCENA VII

JUAN LEÓN y QUERUBÍN en el plano de la izquierda.

JUAN L. (Saliendo con una luz en la mano; detrás Querubín con un jamón.) Querubín... lo que acabamos de hacer no está bien hecho.

QUER. No se puede hacer mejor.

JUAN L. Quiero decir, que es una mala acción, penada de todos los Códigos. Sabes que te profeso verdadero cariño y que te aconsejo bien.

QUER. Menos en esta ocasión. Dame tu navaja.

JUAN L. Toma; haz lo que quieras, pero te lo aseguro, ¡me da pena verte! (Dándole una navaja.)

QUER. (Cortando el jamón.) ¿Te da pena verme.. con un jamón en la mano?

JUAN L. ¿Y el sentido moral, Querubín?

QUER. ¿Y el sentido común, Juan León?

JUAN L. ¿Y la conciencia?

QUER. ¿Y el estómago?

JUAN L. Vas á la perdición.

QUER. No lo creas. Todo lo más á la indigestión. ¿Te gusta con tocino? (Ofreciéndole.)

JUAN L. No; de la parte más seca.

QUER. Comprendido. Quieres *pringarte* lo menos posible en este asunto.

JUAN L. Querubín, ¡te veo muy mal!

QUER. Es la debilidad. En cuanto coma me verás mejor. No hay nada que aclare más la vista que el jamón. ¡Además, el que descubre un tesoro tiene derecho á la mitad! De aquí á que nos comamos la parte que nos corresponde, tenemos para rato.

JUAN L. ¿Y de dónde procede el dinero que tienes en los bolsillos?

QUER. Si no es falso, que supongo que no, de la Casa de la Moneda.

JUAN L. ¿Cómo ha venido á tu poder?

QUER. Por mediación de una niña encantadora.

JUAN L. Explícate.

QUER. Voy; pero antes echaremos un trago (Beben y comen.) Ya sabes que á mí las criaturas me atraen y me seducen. Hoy estaba en el Parque sentado en un banco, muerto de debilidad y cansancio, pensando mil majaderías, cuando oigo que una vocecita me dice: —¿Qué tienes?—Levanto los ojos y veo una niña monísima que me contempla con cara de pena.—Tengo hambre, señorita; hace veinticuatro horas que no he comido; aún no había descubierto el filón de jamones. —¿No tienes dinero?—me pregunta.—No, señorita—le contesto.—¡Pobrecito!—Sale corriendo y vuelve al poco tiempo acompañada de una señora.—Mira, este es—dice la niña, señalándome.—No ha comido, dame dinero, que quiero comprarle yo misma una empanada.—La señora me mira, abre un portamonedas, saca un dollar y se lo entrega á la niña, que me dice:—Espera, vengo en seguida.—Y sale corriendo en dirección de una pastelería que hay enfrente de donde estábamos.

JUAN L. ¡Lo ves, Querubín! ¿Ves cómo no todos en el mundo son fríos de corazón?

QUER. Estamos hablando de una niña, que apenas tendrá nueve años. A esa edad...

JUAN L. Bueno, sigue,

QUER. Mientras la niña marcha graciosamente por mi empanada, yo entablo un corto diálogo con su aya. Por ella supe que aquella niña se llamaba Laura Topsson y que era nieta del célebre millonario del mismo apellido, el cual adora en ella y hace fomentar todas las nobles inclinaciones de su nieta única. Yo, aunque escuchaba con gran interés, no apartaba la vista de la puerta de la pastelería, pues tenía grandes deseos de ver venir á mi pequeña protectora...

JUAN L. Con la empanada.

QUER. Por supuesto.

JUAN L. Resumen. Que vino la niña, que trajo la empanada y que te la comiste, ¿no es esto? (Ríe.)

QUER. No, mi querido Juan León, no es eso. Ahora precisamente entra lo interesante de mi relato.

JUAN L. Habla, hombre, habla; sepamos el final

QUER. Pues bien; aunque mi interés por la vuelta de la niña era grande, hubo un detalle que distrajo mi atención. En medio de la calle, y sobre el pescante de un inmenso carretón, había un hombre, al parecer dormido. Era un tipo extraño y repugnante que atrajo mis miradas. Aquel hombre de barba roja y faz congestionada por el abuso del alcohol, parecía esperar. Hubo momentos en que hubiera jurado que sus ojos, al parecer cerrados, se entreabrían taimadamente y observaban.

JUAN L. ¿El qué?

QUER. Déjame acabar.

JUAN L. Acaba.

QUER. Sale Laurita de la pastelería y se dirige hacia nosotros, y yo salgo á su encuentro. De pronto, al atravesar la calle y al pasar frente á aquel carretón, los dos caballos, como movidos por un resorte, arrancan; aquel canalla de hombre hace como si despertara, y la niña cae al suelo, debajo de una de las ruedas delanteras.

JUAN L. ¿Y entonces?... (Con gran interés.)

QUER. Lo demás fué obra de un segundo. Doy un salto, de aquellos que tú me enseñaste, me agarro á las riendas con tal oportunidad y fuerza, que los caballos, espantados, giran y hacen dar la vuelta al carretón en sentido contrario...

JUAN L. ¿Y la niña?

QUER. Ni un golpe, ni un rasguño.

JUAN L. ¡Bravo, Querubín!

QUER. No hubo que lamentar más que la suerte de mi empanada; ¡una rueda la había hecho polvo! ¡Se me había anticipado!

JUAN L. ¿Y el carretero?

QUER. Aquel bandido, cuyos ojos tengo bien grabados y á quien hubiera apedreado de buena gana, se alejó refunfuñando no sé qué excusas; de que «las moscas tenían la culpa, que habían picado á sus caballos». El final puedes figurártelo.

JUAN L. Comprendido. La señora que llora emocionada, la niña que llora del susto, tú que lloras de alegría... ¡Si te conoceré!

QUER. Sí, Juan León, te lo aseguro. Hace mucho tiempo que no he tenido una alegría como la de hoy (Emocionado.)

JUAN L. Y por fin, ¿qué?

QUER. La niña quería que la acompañase. Hizo que su aya me diera el dinero que llevaba; me dió sus señas y me dijo: «Ve á casa yo te presentaré como un protegido mío y no pasarás hambre»; y aquel angelito, sin reparar en mis andrajos ni en mi cara sucia, me dió un beso como si hubiera sido su hermano. (Querubin dice esto profundamente emocionado.) Tú que me conoces y sabes mi triste historia, comprenderás lo que pasó dentro de mí. ¡Un beso! ¡Darme á mí un beso! ¡A mí, que siempre he sido tratado con desprecio, todo lo más con lástima! ¡Hacía tanto tiempo que no me besaba nadie! Llora.)

JUAN L. ¡Bueno, hombre, bueno! Haz el favor de no amargarme la cena! Toma un trago. (Ofreciéndole la botella.)

QUER. (Limpiándose los ojos.) Venga.

JUAN L. Pero, ¿qué es eso? ¿Lloras?

QUER. No hagas caso; es el jamón... la falta de costumbre. (Siguen hablando y comiendo.)

(Durante la escena que precede, Querubín y Juan León vuelven á bajar á la cueva de donde sacaron el jamón.)

ESCENA VIII

JORGE y ANTONIO en el plano de la derecha. Luego un POLICÍA.

JORGE. (Subiendo) Paolo tiene ya mis instrucciones.

ANT. (Subiendo.) ¿Y... de lo otro?

JORGE. Habrá que estudiarlo bien y con calma. Por lo pronto, ten el plano de las habitaciones y apréndelo de memoria.

ANT. ¿Hora oportuna?

JORGE. Al irse á acostar. La madre, antes de acostarse, reza un buen rato. El viejo poco puede dar que hacer.

ANT. ¿La señal?

JORGE. Una cerilla detrás de los cristales. De los demás detalles yo me encargo.

ANT. ¿Le esperamos mañana?

JORGE. No, mañana, no; en tal caso, avisaré.

ANT. ¿Quiere que le acompañe hasta la entrada del puente?

JORGE. No. Oculta la luz antes de abrir. Ten siempre esa precaución. (Antonio oculta la luz y abre sin hacer ruido y con mucha precaución la puerta secreta. Jorge sale. Antonio cierra la puerta y se dispone á bajar á la cueva, pero de pronto se detiene. Se oye la voz de Jorge que llama desde fuera. Antonio vuelve á abrir la puerta secreta. Entran violentamente Jorge y otro hombre. Jorge lo trae tan sujeto por el cuello que está próximo á la asfixia.)

JORGE. ¡Pronto! .. ¡Registrale!... (Antonio obedece. Saca del bolsillo del hombre un revólver, que se guarda. Jorge suelta al policía.)

POLI. ¡Por piedad! ¡No me maten ustedes!

JORGE. Contesta. ¿Quién eres?

POLI. ¡Un desgraciado á quien la curiosidad ha perdido!

JORGE. ¿Sólo la curiosidad te ha hecho acercarte á esa puerta?

POLI. ¡Sólo la curiosidad!

JORGE. (Amenazándole.) ¡Mientes!

POLI. ¡Por favor!

JORGE. ¡Te digo que mientes! Hace dos meses te acometió esa misma curiosidad y me estuviste siguiendo por espacio de seis horas. Conozco bien tu cara. Antonio, dame esos papeles. (Por los que ha sacado Antonio al registrarle. Se los entrega y los lee Jorge. El policía hace un movimiento.)

ANT. ¡Quieto! (Amagando un golpe con un puñal.)

POLI. (Estoy perdido.)

JORGE. (Después de leer.) ¿Con que sólo por curiosidad? (Mostrándole un carnet de policía. Leyendo.) «Adolfo Miller. Detective».

POLI. ¡Tengan lástima de mí! Les prometo no hacer confidencia alguna en la Jefatura. (De rodillas.)

JORGE. (A Antonio.) ¡Llama! (Antonio se asoma á la entrada del sótano y sisea, apareciendo seguidamente Dik, Paolo y John. Jorge, dirigiéndose á ellos.) Este hombre sabe más de lo que conviene. (Indicándoles el sótano.) Que baje... y que no vuelva á subir. (Los tres sujetan al policía y lo conducen al sótano.)

POLI. (Forcejeando.) ¡Por piedad!... ¡Tengo hijos! (Le tapan la boca.)

JORGE. (Asomándose á la entrada del sótano.) Ya sabéis.. como siempre. ¡Ni ruido, ni sangre! (A Antonio.) Abre la puerta. (Antonio obedece y sale Jorge, volviendo á cerrar.)

ESCENA IX

QUERUBIN y JUAN LEON, subiendo en el plano de la izquierda. Los dos recogen las sobras de la cena y las ocultan cuidadosamente. Después saca cada uno un jergón para dormir.

QUER. ¿Conque quedamos, amigo Juan León, en que has cenado bien?

JUAN L. ¡Admirablemente!

QUER. Y en que desde hoy, esto se llama «Villa-Jauja».

JUAN L. Sea por «Villa-Jauja».

QUER. Pues ahora, si tú no dispones otra cosa, creo conveniente tomar la horizontal y apagar la luz.

JUAN L. No deseo otra cosa. ¡Que descanses! (Echándose en el jergón.)

QUER. (Echándose en el suyo y apagando la luz.) ¡Hasta mañana!

ANT. (Que durante el anterior diálogo ha estado escuchando, unas veces por la puerta de la calle y otras por la entrada del sótano.) Ni el más ligero ruido. Esto es hecho. (Se dirige al sótano. Al ir á bajar, se detiene alarmadísimo; se dirige á la puerta que da á la calle y escucha.) ¿Esos pasos? (Tranquilizándose al oir el silbato de un vigilante.) ¡Bah! El vigilante que vuelve y anuncia al compañero que el barrio está tranquilo.

TELON

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La muerte de M. Maston.

Despacho de oficina en una Comisaría. El mobiliario lujoso. Mesas, sillas, sillones, teléfono, timbre de mano, etc.

ESCENA PRIMERA

MISTER MASTON, y dos COMISARIOS frente á la mesa del primero, muy correctos. Luego un AGENTE.

MAS. (Sentado.) Y lo peor es, que el señor Ministro tiene razón; en una ciudad como New York, y teniendo á nuestra disposición personal idóneo, fondos disponibles y la absoluta ayuda del Gobierno, es inverosímil y vergonzoso que una sociedad de bandidos tenga aterrorizada á la poblaciòn y en jaque á la policía. Es preciso, pues, como he prometido al señor Ministro, que esto acabe, descubriendo esa tenebrosa sociedad ó presentando nuestra dimisión por ineptos.

COM. 1.° ¡Señor Comisario!

MAS. No hay otra solución.

COM. 2.° Creo que no estará usted descontento de nuestros servicios.

MAS. No estoy descontento de nadie y lo estoy de todos; de mí mismo. Es preciso que desde hoy intervengamos en todo, hasta en los más mínimos detalles; hacer por nosotros mismos los interrogatorios y las pesquisas.

COM. 1.° Se hará.

COM. 2.° Cuente usted con nuestro celo.

MAS. ¡Ya han visto ustedes! En un mes el Juez Mister Peterson, estrangulado en su domicilio; el comerciante Smith, amenazado de muerte bajo pena de entregar 20.000 dollars, y el encargado especial, muerto de una puñalada en plena calle; y todo impune. La policía, asombrada y sin saber dónde poner la mano; esto explica la llamada del Presidente y la repulsa del señor Ministro. Es preciso, pues, que ustedes me secunden y me ayuden á cumplir mi palabra empeñada. O mi dimisión, ó antes de una semana descubierto el foco de esa terrible sociedad.

COM. 1.° Toda nuestra voluntad y toda nuestra vida están al servicio de tan noble empresa.

MAS. Pues bien; tengo una pista que creo segura y un plan que considero infalible y que hay que poner en práctica inmediatamente. Espero á ustedes en este despacho esta noche á las once; y ahora imítenme ustedes. Voy por mí mismo á interrogar á todos los sospechosos. Hasta luego. ¡Ah! Antes que se me olvide. Hace seis meses se encuentra en New York la artista Emma Lavison, de espléndida belleza, pero cuyos gastos no corresponden á su sueldo. Es necesario que sea discretamente vigilada y descubrir el Creso misterioso que en silencio se arruina por esta mujer. (Toca el timbre. Los Comisarios saludan y se retiran. Al Agente que aparece en la puerta.) ¿Hay detenidos?

AGTE. Sí, señor, y además, ese español que vino ayer tres veces, pretendiendo verle.

MAS. Que pase. (Vase el Agente.)

ESCENA II

MISTER MASTON y JUAN LEÓN.

JUAN L. ¡Señor!

MAS. ¡Adelante! ¿Qué desea usted?

JUAN L. Perdone usted mi pretensión. Yo soy un desgraciado, antiguo gimnasta, imposibilitado para ejercer mi oficio, pero con deseo de trabajar.

MAS. ¿Qué quiere?

JUAN L. Creo reunir condiciones para ser un buen auxiliar de la policía. Hablo varios idiomas; tengo vocación; puedo probar mi buena conducta.

MAS. Bueno; demuestre usted de alguna manera esa vocación. Ahora con esa misteriosa sociedad «La Mano Negra» puede usted probar sus condiciones de policía. Traiga alguna confidencia importante y será usted colocado.

JUAN L. No deseaba otra cosa. Gracias, señor Comisario. (Entregándole unos papeles.) Como podrá ver por mis papeles, mi historia es bien triste; me encuentro lejos de mi patria, solo y pobre. No he conocido á mis padres y en la actualidad no tengo más familia que un compatriota tan pobre y tan desgraciado como yo. Si treinta años de vida honrada son garantía suficiente á mi personalidad, ruégole la tome en cuenta, en la seguridad que, al atender á mi súplica, hace una buena obra. Hasta pronto. (Vase.)

ESCENA III

MISTER MASTON, AGENTE y luego PAOLO.

AGTE. (Desde la puerta.) Aquí está la nota de los detenidos (Entregándola.)

MAS. Que pasen uno á uno y por orden. (Váse el Agente. Mister Maston enciende un habano. Suena el timbre del teléfono colocado sobre la mesa. Se pone á hablar en el aparato.) «Sí; que estaré aquí hasta las doce». «Que me llame cuando quiera». (Lee la nota.)

PAOLO. (En la puerta.) ¿Permeso? ¿Si pó pasare?

MAS. Adentro.

PAOLO. ¡Signore... yo vi domando pietá per me! ¡Sonno inochente! Cuesta detencionne é una arbitrarietá! ¡Yo domando trabaco! ¡Ecolo il mio delito!

MAS. ¿Qué hacías en el muelle dando vueltas alrededor del cargamento del barco?

PAOLO. Buscaba trabaco.

MAS. ¿A las dos de la madrugada?

PAOLO. Sempre hay cualque marinieri qui vole utilizarme comme mensajero é dopo me gratifica.

MAS. Eres un vago.

PAOLO. ¡Oh, signore! Non diga cuesta cosa. Un vago son cuesto homini qui manchan y dormen tutti l'i giorni de la septimana sin far niente. E io aguardo é sono estanco di aguardare la hora de la colocione. (Golpeándose el estómago.)

MAS. ¿No comiste ayer?

PAOLO. Niente, signore. Ni un cativo piato de polenta. ¡E cosi non se pó vivere! ¡Non se pó vivere!

MAS. No tuviste dinero para comer y sí para emborracharte.

PAOLO. ¿Yo? ¿Yo, signore? ¡Santa Madonna? ¡Yo borracho!

MAS. Tú borracho. No podías tenerte en pie.

PAOLO. ¡E vero, signore! Ma cuesto era la debilitá.

MAS. Sabe, para tu gobierno, que la ley castiga la embriaguez.

PAOLO, ¡Ma que ley é cuesta qui confonde l'ambre con el vino! (Suena el timbre del teléfono y Maston deja el puro en el borde de la mesa; figura que le piden unos papeles, y se levanta, yéndose á buscar dichos papeles á una mesa colocada enfrente de la suya. Paolo estará espiando todos sus movimientos; al observar el cigarro, con gran alegría saca de la gorra que tiene en la mano unos polvos y figura echarlos en la punta del cigarro que M. Maston ha dejado sobre la mesa. Todo muy rápido.)

MAS. (Volviendo á sentarse y á coger el cigarro, que fumabá). Es la primera vez que te detienen por vagabundo. Si se repite, irás á la cárcel. (Toca ol timbre.)

PAOLO. Signore. (Entra el Agente.)

MAS. (Al Agente.) Dejadlo en libertad, pero que sea vigilado.

PAOLO. Signore. ¡Gracie tante! (Mutis.)

ESCENA IV

MISTER MASTON, y luego el AGENTE.

MAS. ¡Nada! Vulgaridades. Ni un indicio que pueda orientarme. (Fuma.)

AGTE. (Entrando.) Señor Comisario, este oficio y esta carta urgente. (Entregándolo.)

MAS. Está bien. (Vase el Agente leyendo el sobre de la carta.) ¿Urgente? Veamos. (Lee.) «Ha dado usted su palabra de que antes de una semana descubrirá usted los secretos de «La Mano Negra». En vista de esa pretenciosa afirmación, esta sociedad ha sentenciado á usted, y le asegura, á su vez, que morirá dentro de plazo señalado. (M. Maston sonríe despectivamente.) Otra amenaza para intimidarme, pero no lo conseguirán; tengo tomadas mis precauciones, las reforzaré, sin em-

bargo, y emprenderé la lucha con más brío. (Abre el otro sobre y lee en voz baja.) ¡Mister Miller! ¡Uno de mis mejores agentes, al que confié la pista nueva, ha desaparecido!... (Profundamente disgustado.) ¿Serán tan fuertes?... Pero no, no desmayaré y tengo el presentimiento que al fin venceré en esta lucha formidable (Toca el timbre; aparece el Agente.) A ver, dos agentes de servicio; mi sombrero, mi bastón y el coche. (Mutis el Agente. Al ponerse de pie se pasa la mano por la frente.) ¿Qué es esto, un vahido? (Cae en un sillón) ¡Qué cosa más extraña! (Entra el Agente con el sombrero y el bastón.) ¡No! ¡Agua! ¡Me pongo malo!... ¡Llama al médico!... ¡Me muero!... (Sale precipitadamente el Agente.) ¡Sí, no hay duda! ¡La amenaza, la sentencia! «La Mano Negra». (Se estremece y cae muerto del sillón al suelo, á tiempo que entran corriendo porteros, empleados, policías, etc., etc., que se detienen horrorizados al verle muerto. Telón rapidísimo.)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

La historia de Querubín.

Telón corto. Un jardín público A la izquierda, un banco de piedra. Detrás de éste, un macizo de plantas.

ESCENA PRIMERA

QUERUBIN.

QUER. (Sale y mira en todas direcciones.) Nadie. Los gorriones y yo. ¡Estaría bueno que hoy que estreno traje no viniera! ¡Bah! ¡Aún es temprano! Esperemos. (Pausa.) Pues, señor... ¿qué le pasará á Juan León que no ha parecido á la hora de almorzar? ¡Es extraño! ¡Convidarlo á comer fuera de casa y no acudir á mi cita! ¡Qué voluble es el estómago! ¡A quien se le diga que ni á mi compañero ni á mi nos gusta ya el jamón (Pequeña pausa.) Aquél es el palacio de mi pequeña protectora (Mirando á la izquierda.) ¡Unos tanto y otros tan poco! Con lo que sobra en las cocinas de mister Topsson, se evitaría la muerte de algunos desgraciados y...; ¿pero quién es el que sale del palacio? (Mirando.) ¡El portero le saluda con gran respeto!... ¿Si será un pariente de Laurita?... Y se dirige hacia aquí... Sí, hacia aquí viene (Se sienta en el banco.)

ESCENA II

Dicho y JORGE, de levita y sombrero de copa.

Querubín saca un periódico del bolsillo, le desdobla y simula leer. Jorge cruza lentamente la escena y mira á Querubín, mostrando contrariedad al verle sentado en aquel banco. Querubín le mira disimuladamente.

QUER. (Aparte.) ¡Maldita la gracia que le ha hecho verme sentado aquí! ¿Si esperará á alguien y será éste el punto de reunión? ¡Qué cosa más particular! ¡Yo juraría haber visto esos ojos antes de ahora! (Jorge vuelve á cruzar la escena en dirección contraria. Saca el reloj y mira la hora demostrando impaciencia.)
¡Lo dicho: á éste le estorbo yo! ¡Ya lo creo que le estorbo..! Pues voy á darle gusto y á enterarme de lo que trae entre manos! (Jorge está parado. Querubín bosteza exageradamente, tira el periódico y dice en forma que lo oiga Jorge: ¡Pues, señor!... ¡Se acabó el descanso! ¡Ya es hora de emprender la caminata! (Se levanta, hace mutis, como quien tiene que ir muy lejos. Jorge le ve marcharse con satisfacción.)

ESCENA III

JORGE, á poco EMMA y á poco QUERUBIN, tras el macizo de plantas que está detrás del banco.

JORGE. ¡Creí que no se iba! ¡Por fin!.. (Una vez que ha hecho mutis Querubín, Jorge mira en sentido opuesto y observa á alguien que no viene.) ¡Lo que me faltaba! Un amigo importuno que la saluda y la habla... Y ella me ha visto... sabe que estoy aquí y que la espero... ¡Parece que se complace en atormentarme!.. ¡Ah! Ya se despide... Ya viene... (Entra Emma. Es una mujer muy hermosa y elegante.)

EMMA. (Saludando friamente á Jorge.) No dispongo más que de unos minutos. Además, estas entrevistas al aire libre son de mal gusto y, sobre todo, peligrosas. Aquí estoy. ¿Qué quieres?

JORGE. ¡Eres incomprensible, Emma! Voy á tu casa y te niegas á recibirme. Te envió lo que me pides y me lo devuelves. ¿Qué te propones con esa táctica? ¿Volmerme loco?

EMMA. ¡Qué disparate! ¡Tú no te vuelves loco por nadie!

JORGE Por ti. (Con pasión.)

EMMA. En fin... tú dirás. Tengo que irme.

JORGE. ¡Emma!... Ayer noche se dijo en el Club que te ibas á Europa. ¿Es cierto?

EMMA. Ciertísimo,

JORGE ¿Con mister Pinker?

EMMA. Me brinda su yate para hacer un viaje por Europa y lo acepto.

JORGE. ¡Eres cruel!

EMMA. Soy práctica.

JORGE. ¿Qué más puedo hacer por tí que lo que vengo haciendo?

EMMA. Un *algo más* que es *el todo*.

JORGE. ¡Emma! ¡Emma! ¡No sabes lo que me cuestas! Para atender á tus caprichos, he llegado hasta donde no hubiera llegado nadie.

EMMA. Y yo ¿nada valgo?

JORGE. ¿Tú?.. Para mí lo eres todo! Por eso, para que brilles, para que goces, para no perderte, he llegado al fondo de un abismo, del cual no sé cómo saldré! (Con amargura.)

EMMA. Porque quieres; porque no te decides. Ya sabes el medio de solucionario todo.

JORGE. Eso que me pides no puedo hacerlo. Ya lo he intentado.

EMMA. Pues por eso terminamos como buenos amigos. Adiós. (Dándole la mano.)

JORGE. No te vayas, Emma. Abusas del cariño que te tengo y haces de mí lo que quieres. Comprende que lo que me pides es peligrosísimo; que todas las sospechas recaerían sobre mí.

EMMA (En son de burla.) ¿Tienes miedo? Haces bien. Hay que ser prudentes y conformarse con la suerte.

JORGE. No te burles. Pruebas te tengo dadas de mi valor; pero es que lo que me pides es suicida. Yo soy el único interesado y el próximo heredero después de la niña, y si el golpe se realiza todas las miradas, todas las sospechas, recaerán sobre mí.

EMMA. Hay mil modos de hacer las cosas. Sobre todo, en estos casos, no hay más que dos extremos: aceptar ó no. Tienes que elegir entre tus temores ó yo.

JORGE. ¿Y lo dudas?

EMMA. Hasta ahora, si.

JORGE. Pues desde ahora, no.

EMMA. ¿De modo...?

JORGE. Sí. Lo que tú quieras.

EMMA. Gracias. (Estrechándole una mano.) ¿Ves? Ahora creo que me quieres.

JORGE. ¿Hasta ahora no?

EMMA. Tienes talento. Tengo la seguridad de que saldrás bien. Además, ahora tienes una soberbia ocasión. En todas partes no se habla de otra cosa, que de esa terrible sociedad llamada «La Mano Negra».

JORGE. (Con temor.) ¡Calla!

EMMA. Haz que las sospechas recaigan sobre ella.

JORGE ¡Calla, Emma! ¡No levantes la voz!

EMMA. ¿Conque decididamente aplazo mi viaje á Europa?

JORGE. No quiero que hables de él.

EMMA. No hablaré; pero... ya sabes.

JORGE. Sí, lo que quieras; pero calla.

EMMA. ¿Quieres acompañarme á casa?

JORGE. ¿Y tú me lo preguntas? (Hacen mútis.)

ESCENA IV

QUERUBIN, que sale de detrás del macizo; á poco LAURITA y MISTER TOPSSON, por la izquierda.

QUER. «¡Haz que las sospechas recaigan sobre ella!» ¡Hola! ¡Hola! ¿Conque esas tenemos? ¡Qué lástima no haber llegado unos momentos antes! ¡Y la *gachí* debe ser de caballería rusticana! ¿Y él? ¡El debe ser de caballería de marina! ¡Vaya una pareja!

(Salen Laurita y mister Topsson.)

LAUR. Por aquí, por aquí, abuelito.

TOPS. ¡Pero, mujer; no corras, que yo no puedo seguirte! ¡Me canso!

LAUR. Siéntate, siéntate en este banco.

TOPS. ¡También es capricho el tuyo! ¡Sacarme de paseo; y de paseo á pie!

LAUR. (Que ha visto á Querubín.) ¡Querubín! (Llamándole.)

QUER. (¡Mi protectora!)

LAUR. (Al abuelo.) Mira, abuelito; este es. Este es. (Presentando á Querubín, el cual se acerca con la gorra en la mano.)

TOPS. ¡Caramba! ¡Y yo que creía que se trataba de un mocosillo como tú! Acércate, hombre. Te estoy muy agradecido por lo de la otra tarde. ¿Cómo te llamas?

QUER. Pues...

LAUR. Querubín.

TOPS. ¿Querubín? Pero, hija; eso no es nombre.

QUER. No, señor. Es mote.

TOPS. ¿Mote? ¿Cómo se llaman tus padres?

QUER. No tengo padres.

LAUR. ¡Pobrecito!

TOPS. ¿Eres huérfano?

QUER. No lo sé. (Muy avergonzado.)

TOPS. ¿Eres español?

QUER. Sí, señor.

TOPS. ¿Vives solo?

QUER. Con otro compatriota, á quien he conocido aquí, á los pocos días de llegar.

TOPS. ¿Y por qué te has venido de España?

QUER. Me trajo un cristalero, de quien era aprendiz, y que vino á negociar la patente de un invento.

TOPS. ¿Y por qué no has seguido á su servicio?

QUER. Porque estaba muy enfermo y murió á los pocos días de nuestra llegada á esta población.

TOPS. ¡Pobre criatura! Vamos, hombre, cuéntame todo lo que sepas de tu pasado. Tus desgracias me interesan.

QUER. ¡Mi pasado! Poco sé de él, señor, pero diré lo que recuerdo.

LAUR. Cuenta, cuenta, Querubín.

QUER. Hay en Madrid una casa, costeada por la caridad, llamada Inclusa. Este es el punto de partida de mi historia. En aquel asilo, toda mi personalidad y todo mi abolengo estaban reducidos á un número de orden y al nombre de un santo. Mis compañeros me llamaban Querubín. ¿Por qué? Por que así me llamaba Sor María. Dicen que el origen de este mote fueron mis cabellos rubios y mi cara bonachona. Un día vinieron á llamarme. Un matrimonio que había visitado el establecimiento me había escogido á mí entre aquel rebaño de desdichados y me llevaban á su casa. Los dos primeros años fui completamente feliz. Aquel matrimonio me colmaba de atenciones y caricias que nunca agradeceré bastante. Pero la felicidad, como mía, duró poco. El matrimonio tuvo una niña, y desde entonces empezó una nueva vida para mí. Empecé á notar en aquellos señores al principio despego, más tarde el desprecio y, por último, odio.

TOPS. ¿Odio?

QUER. Odio, sí, señor. Yo había reconcentrado todo mi cariño en Rosita, que así se llama la niña de mis amos. Sufría con dulce resignación todos los trabajos con que se me ocupaba á diario y todo lo daba por bien empleado, con tal de estar cerca de la niña. Yo

fuí todo para ella: criado, niñero, hermano, esclavo, todo. ¡La quería tanto! Un día estaba yo sentado en el suelo jugando con ella y tuve la debilidad de llamarla «hermanita mía». Fué el último día que pasé en la casa. La señora, roja de cólera, separó la niña de mi lado, diciéndome: «Oye, Querubín, la niña tiene padre y madre conocidos; tú no. Aún hay clases». No contesté, pero de mis ojos brotaron lágrimas y una amargura infinita me oprimió el corazón de un modo horrible. Vino el amo. Preguntó la causa de mi llanto. No sé qué hablaría la señora; sólo pude oir que le decía: «¡Bah! ¡Como todos! ¡Llora porque no puede morder! ¡Echalo, no quiero verlo más!» Y aquella misma noche me echaron á la calle, sin haberme dejado dar un beso á mi Rosita! (Llora.)

LAUR. ¡Pobre! ¡Pobre Querubín! ¡Qué bueno eres! ¡Dame un beso! (Laurita llora.)

TOPS. ¡Pobre criatura! ¡Bien amarga empezó la vida para ti!

LAUR. ¿Verdad, abuelito, que tú no le regañarás si me llama hermanita?

TOPS. No, hija, no. En este mundo todos debemos ser hermanos. ¿Y después, Querubín, qué fué de tu vida?

QUER. El resto, señor, no tiene importancia. Pasé unos cuantos días hambre y frío, y fuí lo que en Madrid llaman un golfito. Unas veces iba con los barrenderos, otras con los po ceros; ¡total, nada! La vida del *sport*. Hasta que me coloqué con el vidriero.

TOPS. ¿Y tu compañero, en qué se ocupa?

QUER. En buscar ocupación.

TOPS. ¿Cómo?

QUER. Que ha sido un gimnasta muy notable, pero que de resultas de un golpe quedó impedido y ahora no tiene ni un centavo.

TOPS. ¿Y qué pretende ser?

QUER. El quisiera entrar en la policía. Aún con serva fuerzas, y haciendo planchas no ha habido quien le iguale.

TOPS. Ya es una garantía.

LAUR. Abuelito, ¿me haces un favor que te voy á pedir? (con mimo).

TOPS. ¿Qué quiere la pequeña tirana?

LAUR. Que Querubín venga á vivir á casa.

TOPS. Despacio hija mía, despacio. Yo creo á tu protegido, que ya lo es mío, un pobre muchacho, digno de cariño y protección; pero las cosas no se pueden hacer como tú quieres. Por lo pronto empezaré dándole un socorro, y luego... ya veremos (Saca un billete de su cartera y se lo da á Querubín.) Toma, Querubin.

QUER. ¡Oh, gracias señor! (Besando su mano.)

TOPS. Y ahora á casa, Laurita. Tu madre no debe estar muy tranquila con el niñero que has elegido hoy. (Levantándose.)

LAUR. Querubín, hasta mañana. (Lo besa. Aparte á Querubín señalando al abuelo.) ¡No le hagas caso!... Yo le convenceré.

TOPS. Vamos, Laurita.

LAUR. Voy, voy, abuelo. (Sale corriendo.)

QUER. (Viéndola marchar.) ¡Bendita seas!

ESCENA V.

QUERUBIN y JUAN LEÓN, agitadísimo.

JUAN L. ¡Querubín! ¡Querubín!

QUER. ¡Juan León!

JUAN L. Necesito de ti y de tu bolsillo.

QUER. ¿Qué te pasa?

JUAN L. Que estoy en la policía, que tengo una pista y que me hace falta alquilar una barca. ¿Tienes dinero?

QUER. ¡Dinero! ¡Tengo dinero y algo que vale más que el dinero; tengo alegría! Vamos donde quieras.

Mutación.

CUADRO TERCERO

El secuestro de Laurita.

Gabinete elegante y rico en el hotel de mister Topsson. Al fondo centro, una puerta de cristales por la que se ven las copas de los árboles del Parque. Esta puerta comunica con una terraza con balaustrada de piedra. A derecha é izquierda, puertas que conducen á otras habitaciones. En escena una mesa de ajedrez á la derecha, en la que juega ALICIA y JORGE; y una mesita volante y una butaca á la izquierda, ocupada por MISTER TOPSSON, que lee un periódico.

ESCENA PRIMERA

ALICIA, JORGE y MISTER TOPSSON.

ALIC. (Jugando.) ¡Jaque al rey!

JORGE. Mal parado me veo.

ALIC. Se deja usted ganar.

JORGE. No. Palabra de honor. Es que juega usted más que yo.

ALIC. ¿Es galantería? (Siguen moviendo los peones.)

JORGE. Es justicia.

TOPS. ¡Oh! ¡Esto es inaguantable! (Deja de leer.)

ALIC. ¿Qué te pasa?

TOPS. Oigan ustedes (Leyendo.) «Asesinato del jefe de policía por «La Mano Negra».

JORGE. ¿Cómo?

ALIC. ¿Es posible? ¡Qué horror, Dios mío! ¡Qué horror! ¿Pero es posible que esos bandidos puedan escapar á la acción de la justicia?

TOPS. Hasta ahora, no hay pista ninguna.

JORGE. Yo siempre he tenido por una leyenda la tal Sociedad.

TOPS. Los hechos no dejan lugar á dudas.

ALIC. ¿Pero de dónde proceden esos bandidos?

TOPS. De todas partes. Gente fuera de la ley, escapados de presidio. La miseria, el hambre, la desesperación y la maldad unidas y juramentadas.

ALIC. Pero, Dios mio. Así no se puede vivir. Esa gente va á sembrar el pánico en toda la población.

JORGE. ¡Bah! Contra esa gente están las armas de fuego. Además, que tengo por seguro que la mayor parte de los hechos que se le atribuyen son hechos aislados, de criminales vulgares.

ALIC. Bueno, bueno. Yo les suplico á ustedes que hablemos de otra cosa. Tengo un miedo horrible. Esta noche voy á padecer de alguna pesadilla.

TOPS. Tienes razón, hija mía. Hemos sido unos imprudentes en hablar de estas cosas delante de ti. Te pido perdón.

ESCENA II

DICHOS y una DONCELLA

DONC. ¿Quieren los señores que les sirva el te? (Con un servicio de te en la mano.)

ALIC. Sí, Mery, y vea cómo está la niña.

DONC. Muy bien, señora. (Hace mutis segunda izquierda, después de servir el té.)

JORGE. ¿Por lo visto piensan ustedes prolongar la velada?

TOPS. El tiempo de tomar el te. ¿Pero y Frank, que no le he visto esta noche?

JORGE. Se habrá dormido. ¡Es tan viejo el pobre! Pues si ustedes no disponen otra cosa, yo me voy á mi cuarto á trabajar un poco. Mañana es fin de mes y hay muchas cuentas pendientes.

TOPS. Déjalo para mañana.

JORGE. No, querido tío. Ya sabe usted que soy inflexible con mis obligaciones. Estos últimos días me he descuidado un poco. Justo es que pague la distracción.

TOPS. Como quieras, hombre, como quieras.

JORGE. Hasta mañana. Buenas noches.

ALIC. Adiós, Jorge. Buenas noches. (Mutis Jorge primera derecha)

TOPS. Adiós, hombre. (A Alicia, viendo marchar á Jorge.) ¡Qué formal es este sobrino mio!

ALIC. Realmente, es un muchacho ejemplar.

TOPS. Alicia... se me está ocurriendo una idea.

ALIC. ¿Cuál, señor?

TOPS. Hija mia, eres viuda, tienes una hija y no me gustaría que me sorprendiera la muerte sin haberte asegurado antes contra los mil peligros que una mujer joven, rica y sin guia, tiene en el mundo. ¿Por qué no te casas con Jorge?

ALIC. (Pausa) Señor... ya sabe usted el cariño y respeto que le tengo, pero...

TOPS. Pero no quieres casarte de nuevo, ¿no es esto?

ALIC. No he tenido en el mundo más que un cariño. El que tuve á su hijo. Ahora el que tengo á usted y á mi hija.

TOPS. ¡Bien, hija mía, bien! ¡Qué mal te juzgaba antes y cómo te admiro ahora! ¡Lo siento por el pobre Jorge, que es bueno y te quiere, pero tu voluntad lo primero!

ALIC. A mí también me causa pena. No es la primera vez que Jorge me ha hecho indicaciones sobre el particular y me he visto precisada á quitarle toda esperanza. (Aparece la doncella.) ¿Y la niña?

DONC. Duerme, señora ¿Desean algo más?

ALIC. Nada, Mery. Puede usted retirarse. Acuéstese usted si quiere. (Se retira la doncella.)

TOPS. Tienes una hija que es un encanto. ¡Qué hermoso corazón tiene!

ALIC. ¿Y á qué se debe el capricho de que le acompañara usted hoy á paseo? Me ha dicho que era un secreto.

TOPS. Sí; es un secreto que tiene con su abuelo. De eso justamente me estaba acordando. Para presentarme un protegido suyo.

ALIC. ¿De Laurita?

TOPS. Sí, señor. ¿Qué te creias tú, que ella no tiene también sus pobres predilectos?

ALIC. ¿Y quién es el afortunado?

TOPS. Un español. Un pobre muchacho, sin padres, cuya historia es bien amarga.

ALIC. ¡Pobrecillo! ¿Lo socorrió?

TOPS. ¿Cómo que?... ¡Quería traérselo á casa!

ALIC. ¡Pobrecita mia! ¡Es el vivo retrato de su padre!

TOPS. ¡Hijo de mi alma! ¡Fui muy severo con él! (Emocionado.) ¡Pobre Luis!

ALIC. ¡Por Dios, señor! No se mortifique con recuerdos tristes.

TOPS. ¡Fui cruel! ¡Fui cruel! ¡Mi rigor precipitó su muerte!

ALIC Es usted injusto consigo mismo. La actitud de usted era la natural y cualquier padre hubiera hecho lo mismo. ¿Quién era yo? Una pobre obrera. Tuve la debilidad de querer á Luis con toda mi alma y la suerte de que él me correspondiera en la misma forma. Usted tenía concertada la boda de su hijo en otras condiciones y todo vino á tierra por mi causa. ¡Qué cosa más natural que usted me odiara!

TOPS. ¡No! Odiarte no llegué á odiarte nunca; pero la terquedad y el amor propio me hicieron traspasar los límites de lo justo.

ALIC. No hablemos, se lo suplico; no hablemos más del pasado.

TOPS. Tienes razón; no hablemos más. (Se levanta.) Adiós, Alicia; buenas noches.

ALIC. Buenas noches, señor. Que usted descanse.

TOPS. (Besándola en la frente.) Hasta mañana. (Hacen mutis, Alicia por la segunda izquierda; Topsson por la primera izquierda.

ESCENA III

Ha quedado la escena á obscuras. Pequeña pausa. Sale JORGE cautelosamente y escucha por las puertas por donde han hecho mutis ALICIA y TOPSSON. Después se dirige á los cristales, enciende una cerilla y hace una señal convenida. Después se dirige á la primera izquierda y echa la llave; acto continuo saca un pequeño diamante y corta uno de los cristales, que coloca en el suelo. Después hace mutis á su cuarto primera derecha. Pequeña pausa. Se ve la silueta de un hombre que sube sobre la balaustrada del jardín. Entra en escena con gran sigilo. Saca una pequeña linterna y con su ayuda se orienta, mirando un plano. Se dirige resueltamente á la segunda izquierda. Se oye la voz muy queda de JORGE que dice: «Enciérrame.» La voz de ANTONIO que pregunta: «¿La niña?» y la de JORGE que contesta: «No se despertará.» ANTONIO echa la llave y se dirige por la segunda izquierda, volviendo al poco rato con LAURITA en brazos y envuelta en un abrigo obscuro. Sale de escena y desciende por la balaustrada del jardín. Pausa.

ESCENA IV

ALICIA, MARÍA, á poco MISTER TOPSSON; después JORGE.

Esta escena es de una gran confusión, pero hay que darle realidad y toda la intensidad dramática que requiere.

ALIC. (Dentro.) ¡Mery! ¡Mery!

MERY. (Dentro.) ¡Señora!

ALIC. ¿Y la niña? ¡Laura!... ¡Laurita! ¡Hija mia!

MERY. ¡Virgen Santísima!

TOPS. (Forcejeando la puerta desde dentro.) ¡Abrid! ¿Qué pasa?

ALIC. ¡Pronto! ¡Aquí todos! ¡Mi hija! (Sale y se dirige primera izquierda.) ¡Mister Topsson! ¡La niña! (Abriendo la puerta.)

MERY. (Saliendo.) ¡Laura! ¡Laurita! ¡Señorita!

TOPS. ¿Pero qué ocurre?

ALIC. ¡La niña! ¡No parece!

JORGE. (Dentro.) ¡Abran ustedes! ¡Pronto! (Forcejea la puerta con furor.)

TOPS. ¿Quién ha cerrado las puertas? (Llamando á su mayordomo.) ¡Frank!

ALIC. ¿Pero y mi hija? ¿Y mi niña? ¡Me la han robado! ¡Jorge! ¡Jorge!

JORGE (Dentro.) ¡Abrid! ¡Abrid pronto!

MERY. ¡Por aquí debe haber sido! ¡Un cristal roto!

ALIC. (Asomándose á la terraza.) ¡Laura! ¡Laurita!

TOPS. (Que ha logrado abrir la puerta á Jorge.) ¡Pronto! ¡Jorge! ¡La niña! ¡Yo no puedo!

MERY. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ALIC ¡La han robado!

JORGE. (Con un revólver hace varios disparos.) ¡Aquí todos! ¡Socorro!

TOPS. ¿Qué haces?

JORGE. Poner en movimiento á toda la policía del barrio. ¡Ah! ¡Los canallas no se escaparán! ¡Yo se lo juro á ustedes por la santa memoria de mi madre!

Telón.

CUADRO CUARTO

La promesa de Querubín.

La misma decoración del cuadro anterior.

ESCENA I

MISTER TOPSSON, JORGE y el JUEZ del distrito. En la puerta dos POLICIAS que esperan órdenes. (MISTER TOPSSON sentado en una butaca, abatidísimo.)

JUEZ — Tengan la bondad de recobrar la calma necesaria para que las contestaciones sean claras y el interrogatorio provechoso. El estado delicado de la madre me obliga á prescindir de su declaración, que será aplazada para mañana. Tenga la bondad, Mister Topsson, de decir lo que sepa.

TOPS. — Nada. ¡No sé nada!.. Oí gritar... me abrieron la puerta... salí... ¡La habían robado! (Llorando.)

JUEZ. — ¿Le abrieron la puerta? ¿Tiene usted costumbre, Mister Topsson, de mandar cerrar su puerta?

TOPS. — ¡Nunca! Esta noche . no sé. ¡Dios mío! ¡A mi sobrino Jorge, también!.. ¡Hija, hija de mi alma!

JORGE — (Oprimiéndose la frente y presa de gran indignación.) ¡Oh, los canallas! ¡Los canallas!

JUEZ. — (A Jorge.) Jorge, como puede usted ver, Mister Topsson, presa de un gran abatimiento, no puede concretar sus respuestas. Usted es joven y fuerte; haga un esfuerzo sobre sí mismo y procure dar la luz necesaria para una pista que sea segura.

JORGE. ¡Oh, sí, señor Juez! ¡Todo, todo lo que sea preciso por rescatar á mi sobrina y castigar á esos miserables!

JUEZ. ¿Quién le abrió á usted la puerta?

JORGE. ¡Mi tío!

JUEZ. ¿Y á su tío de usted?

JORGE. No sé: supongo que Alicia ó la doncella.

JUEZ. (Se levanta y examina las puertas.) ¡Sí; esto está bien claro! Se ha cortado un cristal con un diamante; se ha metido una mano, se abre la puerta del centro, se encierra á los dos hombres que hay en este departamento... ¿Qué servidumbre duerme próxima á ustedes?

JORGE. El aya de la niña y el ayuda de cámara de mi tío. El resto duerme abajo, en un pabellón independiente.

JUEZ. ¿Y este ayuda de cámara...?

JORGE. ¡Pobre Frank! ¡Es como de la familia!

JUEZ. Aquí hay una cosa extraña. Toda la servidumbre se queja de fuertes dolores de cabeza y juran y perjuran que no han sentido nada hasta que han sido despertados por mis auxiliares Les ha sido suministrado un narcótico en el vino que toman en la comida. Tiene que haber sido suministrado por una persona que conoce las costumbres de la casa. (A un policía.) Que suban los dos detenidos en la calle. (Hace mútis el policía.)

JORGE. (Con gran interés.) ¿Dos detenidos? ¿Pero hay dos detenidos?

JUEZ. Dos españoles, á quienes se les ha detenido por sospechosos en la calle.

TOPS. Pero ¿y la niña?

JUEZ. ¡Hubiera sido una gran suerte haber tropezado con los cómplices! Veremos.

ESCENA II

Dichos y JUAN LEON

JUEZ. (Al policía.) ¿Tienen sus papeles en regla?

POLI. Sí, señor; dos pasaportes visados por el Consulado español.

JUEZ. (A Juan León.) ¿Qué hacía usted en la calle cuando fué detenido por mis agentes?

JUAN L. Espiaba.

JUEZ. ¿A quién?

JUAN L. A un bribón que me había inspirado sospechas.

JUEZ. ¿Y con qué títulos espiaba usted?

JUAN L. Soy confidente y estoy haciendo méritos para ingresar en la Policía.

JUEZ. ¿Desde cuándo se dedica usted á las confidencias?

JUAN L. Aún no he podido debutar.

JUEZ. ¿Qué quiere usted decir?

JUAN L. Que hasta hoy no se me había dado el encargo de dedicarme á este trabajo.

JUEZ. ¿Quién le dió á usted el encargo?

JUAN L. El Jefe del cuarto distrito.

JUEZ. ¿Mister Maston?

JUAN L. El mismo.

JUEZ. ¿Y sabe usted que ha sido asesinado esta mañana?

JUAN L. Sí, señor; lo he sabido. Justamente venía siguiendo la pista de su asesino, cuando he sido detenido.

JORGE. (Alarmado y aparte.) ¡Qué dice este hombre!

JUEZ. Explíquese usted.

JUAN L. Salía yo esta mañana de la Jefatura; poco después que yo, salía uno de los detenidos la pasada noche y á quien habían puesto en libertad. Era un italiano de aspecto miserable, cuya nerviosidad y mirada inquieta me infundieron sospechas. Me propuse seguirle y así lo hice. «Probemos fortuna»—me dije—y con las naturales precauciones para que no notara el espionaje, caminamos por espacio de dos horas. Estábamos fuera de la ciudad y cerca de un espeso arbolado, cuando aquel hombre, después de observar atentamente en todas direcciones, se aproximó á un arroyo y vi que se lavaba las manos y las restregaba con tierra repetidas veces.

JUEZ. (Con gran interés.) Siga usted, siga usted.

JUAN L. Estos detalles me causaron extrañeza y continué mi espionaje. Aquel hombre salió del arbolado con las mismas precauciones que al entrar y se encaminó hacia el puerto. Allí hizo señas á un remero, subió á una barca y yo tuve que renunciar á seguirle por falta de dinero.

JUEZ. ¿De modo...?

JUAN L. Regresé al centro con objeto de almorzar con mi compañero, con quien estaba citado. En la plaza, los transparentes del *New-York Herald* daban la noticia del asesinato del Jefe de policía; y entonces comprendí toda la importancia de mi espionaje con el italiano. (Pequeña pausa.)

JUEZ. Continúe su narración y procure ser breve.

JUAN L. Terminaré en estilo telegráfico si lo desea. No encontré á mi compañero. Había pasado la hora de la cita. Fui en su busca; le pedí dinero para mis investigaciones; se ofreció á acompañarme; ya dabamos por inútiles nuestras pesquisas, cuando la casualidad ha hecho que nos tropezáramos esta noche con el italiano. Le hemos seguido, hemos llegado hasta esta calle. Hemos visto que se detenía cerca de este hotel y que esperaba... ¿A qué? ¡No lo sé! Cuando mi compañero se disponía á pedir auxilio á la Jefatura, se han oído unos disparos y hemos sido detenidos. Esto es todo.

JUEZ. (Al policía.) Está bien. Que entre el compañero. (A Jorge.) Este hombre, ó dice verdad ó es un artista en urdir novelas.

JORGE. ¡Oh! ¡No hay más que oirle! ¡Es un hombre honrado! ¡Hay que creerle! (Convencidísimo.)

JUEZ Amigo Jorge... A pesar de que ha cumplido usted los treinta, es usted un inocente en estos asuntos. Créame usted, no servía usted para Juez. (Entra Querubín.)

ESCENA III

DICHOS y QUERUBIN.

QUER (Al ver á Mister Topsson se arrodilla delante de él.) ¡Mister Topsson! En nombre de la justicia, por el cariño que tiene usted á su nieta y por la salvación de ella, le pido interponga toda su influencia para que me dejen en libertad.

TOPS. (Reconociéndole.) ¿Eres tú?

JUEZ. (A Topsson.) ¿Lo conoce usted?

TOPS. Lo he conocido esta tarde. Es un pobre á quien socorrió mi nieta.

QUER. ¡Mister Topsson, yo quiero salvarla!

JUEZ. Póngase de pie y conteste. ¿De qué nace ese ofrecimiento de salvación?

QUER. ¿De qué? ¡Del peligro que indudablemente la amenaza! ¿Por qué quiero salvarla?... Señor Juez. . Aquí dentro tenemos una cosa que se llama corazón, y el que lo tiene en buen uso como yo, le da cuerda con una cosa que se llama gratitud, y. . ¡Créame usted á mí, señor Juez, éste la tiene para rato, porque le han dado cuerda esta misma tarde.

JUEZ. ¿Qué quiere usted decir?

QUER. Que por salvar á Laurita daría yo mi vida, si fuera preciso.

JUEZ. ¿Sabe usted su paradero?

QUER No; pero lo sabré si me dejan en libertad. No pido más que unos días. Luego, que hagan de mi lo que quieran.

JUEZ. (A un policía.) Haga usted un detenido reconocimiento en el cuarto de la niña, por si hubiera algo que pudiera importarnos. Y que venga el ayuda de cámara de Mister Topsson. (El Policía hace mutis por la segunda derecha.)

JORGE. ¡Pobre Frank! ¡Tan viejo!

QUER. (Que hasta este momento no ha reparado en Jorge. ¡Hola! ¡Aquí tenemos á nuestro hombre!

JUEZ. Amigo Jorge, en casos como el presente hay que prescindir de los impulsos generosos. Más doloroso que interrogar al viejo mayordomo, ha sido para mí interrogar á usted y á su tío, á quienes la desgracia tiene aplanados y, sin embargo... es necesario.

ESCENA IV

DICHOS y FRANK

FRANK. (Desde la segunda derecha, llorando.) ¿Dan permiso?

JUEZ. Pase usted.

JORGE. Vamos, Frank, tranquilízate y procura dar luz á la justicia. Di todo lo que sepas.

FRANK. ¡Nada, señor, nada!

JUEZ. Conteste usted. ¿En qué ha pasado la noche?

FRANK. En contra de mi costumbre... ¡en dormir, señor Juez!

JUEZ. Expliquese usted.

FRANK. Después de comer, sentí una necesidad imperiosa de dormir. Sentía opresión y un gran peso en la cabeza, y como hasta la media noche mi señor no me necesita fuime á mi cuarto y... me quedé dormido hasta que ha ido á despertarme la policía. ¡Qué desgracia, señor! ¡Qué desgracia! (Desconsoladísimo.)

JUEZ. ¿Quién es el encargado de dar el vino en la comida á los criados?

FRANK. Yo, señor Juez, tengo las llaves de la bodega y soy el encargado de entregar el vino en cada comida.

JUEZ. Pues si se prueba que el narcótico suministrado á la servidumbre ha sido mezclado con el vino, después de lo declarado por usted, incurre en una gran responsabilidad á los ojos de la justicia.

FRANK. (Acongojado.) ¡Señor! Señor!.. Yo no sé... ¡Soy inocente! ¡Lo juro en nombre de Dios!

JUEZ. No quiero creer que sea usted cómplice. El criminal, para entrar en estas habitaciones ha tenido que cortar uno de los cristales antes, operación que, á ser usted su cómplice, hubiera podido evitarse.

QUER. (Que durante el anterior diálogo ha estado examinando el cristal roto, se adelanta.) ¿Me permite el señor Juez una observación?

JUEZ. Hable usted.

QUER. Acabo de oirle decir que el criminal para entrar, ha tenido que cortar uno de las cristales, ¿no es así?

JUEZ. Así está probado.

QUER. Pues bien, señor Juez; yo tengo la seguridad de lo contrario.

JORGE. ¡Qué descaro!

JUEZ. ¿En qué funda usted esa seguridad?

QUER. En que el cristal ha sido cortado de dentro para afuera.

TOPS. ¿Cómo?

JORGE ¿Qué dice este chiquillo?

QUER. He sido durante algún tiempo aprendiz de cristalero y puedo aprecier el corte del diamante.

JORGE. ¿Y quién nos dice que usted no se equivoca?

QUER. No tenga usted miedo... á... que me equivoque. Cualquier perito á que se pregunte, afirmará lo mismo. El cristal ha sido cortado por dentro. (Mirando descaradamente á Jorge.) Una torpeza, cualquiera la tiene.

JORGE. (Desconcertado.) ¿Qué dice usted?

QUER. (Con tono dulzón.) Digo, que tengo la seguridad de que usted intercederá con el señor Juez para que mi compañero y yo quedemos en libertad y podamos buscar á la niña. ¿No es cierto, caballero? (Jorge huye la mirada de Querubín.)

TOPS. (Al Juez.) Este muchacho parece muy listo. ¡Quien sabe! Quizá convenga dejar que con su compañero...

JUEZ. ¿Usted qué opina, Jorge?

JORGE Creo exactamente igual que mi tío. Deben

ser puestos en libertad. Si es preciso, yo salgo fiador por los dos. (Mira de un modo siniestro á Querubín.)

QUER. ¡Oh, gracias, caballero, gracias! (Haciéndole un gran saludo.)

JUEZ. Ya lo han oido: el señor responde por ustedes; quedan, pues, en libertad, pero con la obligación de presentarse á diario en la Jefatura. La servidumbre detenida provisionalmente y, á ver esas promesas.

QUER. Gracias, señor Juez. Laurita parecerá.

TOPS. ¡Que Dios vaya en tu ayuda!

JORGE. Y en la mía, porque yo también quiero buscarla y empezaré mis trabajos esta misma noche.

TOPS. ¡Querubín, si encuentras á la niña serás rico!

QUER. Mister Topsson, si encuentro á Laurita, seré más que rico... Seré feliz.

JORGE. ¡Todo, todo, con tal de encontrar á mi sobrina!

QUER. ¡Gracias, caballero, gracias! No esperaba yo menos de *un tío* tan cariñoso como usted.

TELON

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Sobre la pista.

La misma decoración de jardín del cuadro segundo del segundo acto. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

QUERUBÍN y JUAN, LEON que salen por la izquierda.

QUER. Buen susto he pasado por si nos prendian.

JUAN L. Gracias al señorito Jorge, que ha respondido por nosotros.

QUER. ¡Si! ¡Gracias al señorito Jorge!... Hay que recompensarle esa buena acción, y yo te juro que quederá recompensado. (Con ironía.)

JUAN L. Y ahora á trabajar sin descanso. Vamos.

QUER. No; yo me quedo.

JUAN L. Pero, ¿y la salvación de la niña?

QUER. Por eso me quedo. ¿Tú no dices que tienes una pista?

JUAN L. Y que la creo segura.

QUER. Pues yo también tengo la mia.

JUAN L Y que ahora, con dinero y con la protección de la Policia, te aseguro que no la perderé.

QUER. Si tan seguro estás, no pierdas tiempo.

JUAN L. ¿No vienes?

QUER. Ya te he dicho que me quedo.

JUAN L. Pues con lo que sepas, á última hora, en «Villa-Jauja», y allí te diré lo que haya hecho.

QUER. Juan León, no olvides que esto me interesa más que la vida, que la pobre Laurita corre peligro, y ¡quién sabe si llegaremos á tiempo!

JUAN L. Confía...

QUER. Y como esta empresa está llena de peligros, por si me ocurriese alguna desgracia, Juan León, quiero darte un abrazo.

JUAN L. Sí, Querubín, abraza á toda tu familia, como yo abrazo á la mía. (Se abrazan.)

QUER. ¡Caramba! ¡Aún tienes fuerzas!

JUAN L. Algunas quedan.

QUER. ¡Anda, que Dios te proteja!

JUAN L. ¡Y á ti te guíe! (Vase.)

QUER. No me abandonará. (Se oculta.)

ESCENA II

JORGE y UN POBRE; QUERUBÍN oculto.

POBRE. (Saliendo.) ¡Una limosna, que no puedo ganarlo!

JORGE. (Mirando á todos lados, saca del bolsillo del chaleco un papel doblado que da al pobre.) ¡A escape! (Vase el pobre por la izquierda. Jorge por la derecha. Querubín sale de su escondite y se pone en persecución de Jorge.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

QUERUBÍN AL AGUA

El Puente Brooklyn.

ESCENA ÚNICA

JORGE, y después QUERUBÍN

Es de noche. Se divisa la ciudad iluminada. La gente corre de derecha á izquierda hasta quedar solo el puente.)

JORGE. ¡Corred, corred, imbéciles! ¡Qué fácil es engañar á las gentes! Mi estratagema salió bien y el que me sigue, espiándome, encontrará el puente casi desierto; así podrá vigilarme á su gusto y aprenderá lo peligroso que es ponerse enfrente de mí. ¡Cayó, como todos, en la ratonera! (Sigue marchando.)

QUER. (Saliendo.) Sí, da vueltas, procura desorientarme; atraviesa el puente, ¡yo te seguiré hasta descubrirte! Por que eres tú. ¡No hay duda! ¡Esos ojos; esa llama infernal que á veces los ilumina!.. ¡Ah! ¡Pobre Laurita! ¡Yo te salvaré!.. (Deteniéndose.) ¡Hola! ¡Parece que hace una seña á esos dos que se acercan!.. ¿Me la habrá preparado? ¡Y el puente está solo y yo sin armas, y contra esos dos hombres forzudos nada valen mis manos! No; será mejor emplear las piernas. ¡Querubín! ¡Media vuelta y paso redoblado! (Da media vuelta y marcha militarmente en sentido contrario. Al llegar frente á la caja se detiene.)

¡Caramba! Otros dos tipos de mal aspecto que parece quieren cortarme el paso ó cortarme algo más... ¡Querubín! ¡Alto! ¡Aquí de tu ingenio! Empujar á uno, correr, dar voces, nada me serviría... ¡Diablo! ¡Se acercan! ¡Son cuatro! ¡Está visto! ¡Un golpe, me apiolan y al agua! ¡No, no es posible!... ¿Y Laurita? ¿Y Juan León? ¿Y la madre? ¿Y el pobre viejo? ¿Y yo muerto y al agua?.. ¡No; yo al agua, sí, pero vivo! (Asomándose á la barandilla del puente.) ¡Demonio! ¡Pero esto es la inmensidad!.. ¿Y qué?. ¿No lo son también el cariño, la venganza y la gratitud?.. ¡Querubín; á la inmensidad! (A los cuatro individuos que se acercan acorralándole.) ¡Caballeros! Un momento. El que quiera, que me siga! (Se arroja por la barandilla del puente, dejando á los cuatro estupefactos.)

Mutación (obscuro).

(El puente aparece á una altura considerable. En el escenario agua. Se ve caer del puente la contrafigura de Querubín y Juan León sale en una barca remando.)

ESCENA UNICA

JUAN LEÓN y QUERUBÍN.

JUAN L. (En la barca.) ¡Zambomba! ¡Algún desesperado! ¡Si se descuida me rompe el alma! Cumpliremos nuestro deber de hombre honrado, viendo si puedo yo salvarlo. Sí; aquí ha sido .. ¡Ahí va! (Tirando un cable.) ¡Si por casualidad tienes ganas de salvarte, agárrate ahí; y si no, buen viaje! Juan León ha hecho lo que podía! ¡Hola! ¡Parece que pica!... ¡Sí!... ¡Y pesa el condenado!... ¡Arriba!... (Tirando con fuerza.) ¡Aquí de mis antiguas fuerzas y nunca mejor empleadas, si

puedo salvar á un hombre!... ¡Arriba! (Saca el cuerpo de Querubín, dando un grito al reconocerlo.) Pero, ¿eres tú? (Querubín hace señas de que sí.) ¡Me has visto desde arriba, y has querido sorprenderme. ¡Querubín; yo te enseñé á saltar, pero no para hacer estas barbaridades!

QUER. ¡Déjame respirar!

JUAN L. Pero, ¿de dónde vienes?

QUER. ¡Ya lo ves, de arriba! Y tú, ¿qué hacías aquí.

JUAN L. Pues, ya lo ves; esperarte para hacerte un pequeño favor.

QUER. Ya te explicaré. No puedo perder tiempo.

JUAN L. Ni yo tampoco.

QUER. ¡Pues rema, y á escape!

JUAN L. ¿Dónde quieres ir?

QUER. Al primer puesto de Policía y luego á casa. Rema con fuerza mientras yo me despido.

JUAN L. ¿De quién?

QUER. De unos amigos. (Mirando al puente.) ¿No habeis querido seguirme? ¡No me importa! ¡Yo iré á vuestro encuentro! ¡Nos veremos! (A Juan León.) ¡¡A escape!!

Mutación.

Telón corto blanco, con el anuncio siguiente:

NEW - YORK - HERALD

GRAN RECOMPENSA.

Mister Topsson ha depositado en el Banco de esta capital la cantidad de 100.000 dollars, que será entregada al que descubra el paradero de la niña secuestrada, Laura Topsson, su nieta.

CUADRO ÚLTIMO

En la boca del lobo.

La escena, dividida en dos planos, como la del primer acto, representa la planta subterránea de la primera decoración. Los llamaremos plano D y plano Y. Derecha é izquierda. El plano Y, no tiene más salida que una puerta disimulada que comunica con el plano D. El plano D, á más de la escalera que conduce á las habitaciones superiores, tiene un portalón chato, que da salida entre rocas al mar. Cajones, barriles de vino, etc. Una mesa, una silla y un pequeño brasero sin encender. Al levantarse el telón, el plano Y está á obscuras. LAURITA, con un camisón de dormir, llora sentada en un jergón y tiembla de frío. Está descalza. En el plano D, CLARISA, sentada junto á la mesa, en la que habrá una botella con rom, de la que bebe con frecuencia. Está despeinada y en estado de embriaguez. Sus ojos están congestionados y llorosos. El plano Y tiene techo de poca altura y con declive. Unos dos metros y medio por la embocadura y menos al fondo. El techo es practicable.

ESCENA PRIMERA

CLARISA (plano D).—LAURITA (plano Y).

CLAR. ¡Valiente noche!... Estos hombres se creen que una es de piedra .. ¡Dos noches sin dormir! Tengo la cabeza que me pesa un quintal... Y Antonio sin parecer. ¿Habrá ocurrido algo? En una de éstas pagamos todas. No será porque no le tengo dicho mil veces: «Antonio, no seas tonto, agarra tus ahorros, da un último golpe y abandona

la Sociedad.» ¡Pero que si quieres! ¡Calla, calla, me dice, no sabes de lo que hablas! Y se pone nervioso, y pasea y me golpea si insisto No sé cómo le quiero. (Bebe rom.) También es mala sangre la suya de haberme confiado á la pequeña. Podía haber encargado á otro el despacharla.

LAUR. ¡Dios mío, qué frío tengo! ¿Dónde estará el pan que me trajo esa mujer? (Buscando á tientas.) No lo encuentro. ¡Tengo hambre! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Abuelito! (Llora desconsoladamente.)

CLAR. (Escuchando.) Esa mocosa se ha propuesto desesperarme. (Abre la puerta y entra en el plano Y.) ¡Eh! ¡tú! Si no quieres que te dé una tunda como la de ayer, ya puedes callarte. ¿Qué te pasa ahora?

LAUR. (Con miedo.) ¡Por Dios, señora!... ¡Tengo hambre y frío! ¡Tengo miedo!

CLAR. ¿Nada más? Pues no tienes pocas cosas, que digamos. ¿Y el pan que te di esta tarde?

LAUR. No sé... Comí un poco... Me quedé dormida... No encuentro el otro pedazo.

CLAR. Por descuidada. Se lo habrá comido alguna rata. ¡Te está bien empleado!

LAUR. ¡Dios mío! ¿Pero hay ratas aquí?

CLAR. Supongo que no se habrán ido porque hayas venido tú.

LAUR. ¡Señora, por piedad!... No me deje usted sola. ¡Tengo un miedo horrible!

CLAR. ¡Estaría bueno! ¿Qué quieres? ¿Que te haga tertulia?

LAUR. (Arrodillada y suplicante.) ¡Tenga lástima de mí! ¡No me deje sola! ¡Lléveme con mi madre!

CLAR. Vamos, quita, quita; ¡no sé quién es tu madre!

LAUR. Es muy buena y me estará buscando. ¿No tiene usted ninguna hija?

CLAR. (Secamente.) No. Tuve una y la perdí.

LAUR. ¿La querría usted mucho?

CLAR. ¿Quererla?... ¡Más que te pueda querer á ti la tuya!

LAUR. Pues si la quería tanto, comprenda usted el sufrimiento de la mia y tenga lástima de mí.

CLAR. ¡Calla, calla! ¡No sabes lo que te dices! Yo no puedo hacer nada por ti. Todo lo que puedo hacer ya lo he hecho... y aún más de lo que puedo. A estas horas ya debías estar... No quiero pensar cuando venga el otro y vea que aún no .. Anda, duérmete, duérmete y procura no llamar á nadie. ¿Sabes?

LAUR. ¡No puedo, no puedo! El hambre y el frío no me dejarán dormir.

CLAR. Luego te traeré más pan. ¡Toma, tápate con eso! (Dándole una manta vieja que tiene puesta.)

LAUR. (Tapándose.) ¡Oh! ¡Gracias, señora! ¡Gracias! ¡Qué buena es usted!

CLAR. No lo creas. No tengo nada de buena; pero... me has hablado de una cosa que... En fin. Ya sabes. Nada de llantos ni de voces, si no quieres que te sacuda mi marido como ayer.

LAUR. Callaré, señora, callaré. (Arrebujándose en el mantón)

CLAR. (¡Pobre criatura! ¡Milagro será que la dejen dormir las ratas!) (Sale del plano Y y entra en el D después de cerrar la puerta. Laurita llora silenciosamente ahogando los sollozos con el mantón. Clarisa bebe otra vez en la botella.) ¡Sí, sí! Yo también he tenido una hija... Y la quise, la quise... pero aquélla tuvo peor suerte que ésta. Esta no ha sabido lo que es hambre y frío hasta ahora, y mi Antoñita se murió sin conocer otra cosa que sufrimientos y privaciones... ¡Pobre hija mía! (La invocación de este recuerdo hace que acuda el llanto á sus ojos, pero inmediatamente se repone y vuelve á beber.) ¡Bah! ¡Angelitos al cielo! (Ríe cínicamente. En este momento unos barriles que hay disimulando el portalón que da al mar giran y entra Antonio. Se vislumbra entre rocas una embarcación y se oye próximo el ruido del mar.)

ESCENA II

CLARISA y ANTONIO, que se supone hab'a con el que quedó fuera, en la barca.

ANT. Avisa á Dick y que no entre por la taberna.

CLAR. Creí que no volvías. (En tono de broma.)

ANT. Poco ha faltado. (Pasea furioso.)

CLAR. Qué, ¿no van bien los asuntos?

ANT. No pueden ir peor. Nos espían y no podemos dar un paso. Esta noche he estado á punto de caer en manos de la policía. Gracias á Paolo que me ha traído en la barca... Que si no... El dichoso asunto de la niña nos va á dar que hacer más de lo que suponíamos.

CLAR. ¿Qué? ¿El viejo no da el dinero?

ANT. No solamente no da el dinero, sino que á pesar de las amenazas de la carta ha puesto precio á nuestras cabezas. A estas horas, policías y no policías están en movimiento con el cebo de la oferta.

CLAR. ¡Bah! No te apures. Nadie sospecha de ti.

ANT. ¿Nadie, eh? ¡Ya, ya! ¿Sabes á quién teníamos por vecinos?

CLAR. No creo que tengamos más vecinos que á los dos españoles que viven en la barraca.

ANT. Pues á ellos se debe que el asunto de la niña haya venido á tierra. Son dos auxiliares de la policía. Uno de ellos ha estado espiando al jefe y me ha visto hablar con él.

CLAR. ¿Y tú?...

ANT. No he podido echarle mano... Pero es igual. A estas horas, si no se ha estrellado contra alguna embarcación, estará repleto de tragar agua. (Acordándose de pronto.) Supongo que á la niña... (Termina la pregunta con los ojos.)

CLAR. No. Aún no. Creí que aún tendría arreglo.

ANT. (Furioso.) ¡Idiota! ¡Más que idiota! ¿A qué aguardas? ¿No te lo dije esta tarde?

CLAR. Antonio, yo...

ANT. Eres una estúpida. Tu maldita afición á la bebida acabará por perdenos á todos. ¿A qué aguardas? Dentro de una hora empezará á amanecer y será imposible utilizar la barca. ¡Arrea! ¡Arrea pronto, ó te despacho á ti también! (Empujando brutalmente á Clarisa y haciéndola levantar.)

CLAR. ¡Voy, hombre, voy! ¡No seas bruto!

ANT. Muy bruto debo ser cuando te aguanto tanto tiempo á mi lado. (Subiendo por la escalera. Desde la escalera.) Y ya sabes como siempre, no creo que haga falta atarla. (Mutis.)

ESCENA III

LAURITA y CLARISA, que prepara un braserillo, lleno de carbón y lo entra en el plano Y.

CLAR. (Entrando.) Debe estar dormida... Mejor.

LAUR. No, señora; no estoy dormida.

CLAR. ¡Hola! ¿Me has oído? Mira. ¿No tenías frío?

LAUR. Sí, señora, y lo tengo aún.

CLAR. Pues aquí te traigo fuego para templar la habitación. (Encendiendo los carbones del brasero.)

LAUR. ¡Oh, gracias, señora, gracias! ¡Qué buena es usted! Cuando vea á mi madre le diré lo mucho que la debo y lo cariñosa que ha sido conmigo.

CLAR. (¡Demonio de chica!) (Disimulando la emoción.) ¿Por qué no te duermes?

LAUR. Ahora seguramente me dormiré.

CLAR. (Seguramente.)

LAUR. ¿Sabe usted por qué no he podido dormirme antes?

CLAR. ¿Por qué?

LAUR. Por no haber rezado mis oraciones.

CLAR. ¿Rezas?

LAUR. Mi madre me hace rezar todas las noches. Dígame usted, señora, ¿cuándo veré á mi madre?

CLAR. Pronto; muy pronto, si te duermes y eres buena.

LAUR. ¡Oh! sí, señora. Ya no volveré á molestarles con mi llanto.

CLAR. ¡Ea! Hasta mañana. (Disponiéndose á marchar.)

LAUR. ¡Señora! ¿Quiere usted darme un beso? Haré cuenta que se lo doy á mi madre.

CLAR (¡Pobre criatura!) (Hace intención de ir á besarla, pero retrocede con horror.) ¡No, hija, no! ¡Yo no puedo besarte.

LAUR. ¿Por qué?

CLAR. Por.. porque me acuerdo de mi hija.

LAUR. ¡Pobrecita! (Se arrodilla y reza.) Padrenuestro que estás en los cielos, etc.

CLAR. (Al ir á cruzar la puerta se detiene alarmadísima y escucha mirando al techo del plano Y; pero se tranquiliza y sale cerrando la puerta.) ¡Bah! ¡Las ratas! Dentro de diez minutos no la molestarán (Se dirige á la escalera y sube por ella. Laurita, de rodillas, ha terminado su oración y se acuesta. Pausa discrecional. El plano Y debe estar ligeramente alumbrado por el fuego del brasero. Laurita cambia repetidas veces de postura, presa de gran desasosiego.)

LAUR. ¡Dios mío! ¡Que mal me siento! ¡La cabeza me da vueltas...! ¡Qué angustia tengo tan grande...! ¡Ay madre mía! (Intenta levantar la cabeza y la deja caer pesadamente otra vez.) ¡No puedo! ¡Mamá! ¡Mamá...! ¡Abuelito...! ¡Me muero.. ! (Queda sin conocimiento. Del techo empieza á desprenderse un poco de tierra. A la tierra siguen unas piedras y algún cascote, y por último, se desprende un gran trozo del centro. Se ven unas piernas que asoman, y por último, á Querubín, que salta y se deja caer en el centro de la escena.)

ESCENA IV

QUERUBIN y luego ANTONIO, DICK, JOHN, PAOLO, JORGE y POLICIAS

QUER. (En el plano **Y**.) Menos mal. Me parece que he caído de pie. ¡Laura! ¡Laurita!.. No contesta. (Enciende una cerilla y se le apaga.) ¡Ah! ¡Allí! (Ha visto á Laurita sobre el jergón.) ¡Dios mío! ¿Llegaré tarde? ¡Demonio! Aquí no se puede respirar. No hay tiempo que perder. (Levanta á Laurita entre sus brazos, coloca una silla en el centro de la escena, bajo el boquete, y luchando con la asfixia, sube con Laurita sobre la silla y la sube en alto.) ¡Pronto! ¡Juan León! ¡Toma la niña!.. ¡Me ahogo..! ¡Sálvala...! (Se ven unos brazos que tiran de Laurita y que la hacen desaparecer por el techo. Querubín intenta subir detrás, pero sufre un mareo y cae de la silla al suelo. Aparecen en el plano **D** por la escalera. JORGE, ANTONIO, SIK, JHON y PAOLO, bajan precipitadamente la escalera y cierran la compuerta de arriba.)

JORGE. ¡Calma! ¡Calma! Aún tenemos unos minutos y la salida al mar.

ANT. Están entrando en la tienda y hablan con mi mujer. (Desde la escalera.)

JORGE. ¡La niña! ¡Ante todo la niña! ¡Es preciso que no la encuentren! ¡Que no quede ni un rastro! (Se oye un gran ruido sobre el plano **D**.)

ANT ¡Pronto! ¡Pronto! ¡No vamos á tener tiempo!

JORGE. (Abre la puerta y entra en el plano **Y**. Con ayuda de una linterna ve que la niña no está en el jergón, pero nota el cuerpo de Querubín y le reconoce. Saca un puñal y se dirige á Querubín.) ¡Ah! ¡Canalla! ¿Eres tú? ¡Me lo figuraba!

QUER. (Medio ahogado.) ¡Juan León! ¡Juan León! ¡Sálvala!

JORGE. (Dándole una puñalada.) ¡Toma y calla! (Va á dar una segunda puñalada sobre el indefenso cuerpo de Querubín; pero en este momento asoma una mano con un revólver por el boquete del te-

cho y hace un disparo sobre Jorge.) ¡Mil rayos (Cae muerto. Juan León se desprende del techo dispuesto á socorrer á Querubín y lo levanta entre sus brazos. Entretanto, en el plano D unos cuantos policías disparan sus armas contra John, Dick, Pablo y Antonio, desde lo alto de la escalera. Estos quieren huir por el portalón que da al mar, pero otro grupo de policías les cierra el paso disparando contra ellos desde una barca. Este final de acto se recomienda muy eficazmente á los directores de compañía. Todo rápido, breve, bien estudiado, pero que resulte muy en situación.)

TELON

EPÍLOGO

CUADRO ÚLTIMO

Alcoba en casa de MISTER TOPSSON. En primer término izquierda, una cama. En ella QUERUBÍN En primer término derecha, una butaca, y en ella, y luchando con el sueño, JUAN LEON. Empieza á amanecer. En el centro una ventana, por la que se ven las copas de los árboles del Parque.

ESCENA PRIMERA

QUERUBÍN y JUAN LEON.

QUER. (Despertando.) ¡Juan León!

JUAN L. (Levantándose) ¡Aquí estoy! ¿Qué quieres?

QUER. ¿Qué hora es?

JUAN L. Empieza á amanecer. ¿Por qué lo preguntas?

QUER. Por nada... Aún no se habrá levantado Laurita.

JUAN L. Es seguro que no. Ayer noche estuvo aquí, hasta las doce, en contra de su costumbre.

QUER. ¡Qué buena es!

JUAN L. Un ángel.

QUER. Qué mala suerte tengo. ¡Ahora que podía ser feliz!...

JUAN L. ¿Qué? ¿Qué vas á decir?

QUER. Que me muero, Juan León.

JUAN L. ¡Bah! No digas tonterías. Ahora sólo debes pensar en ponerte bueno y en disfrutar del premio de Mister Topsson. Ya está depositado en el Banco y á tu nombre.

QUER. ¡A mi nombre! ¡Tiene gracia! (Ríe tristemente.) «Páguese á la orden de don Querubín.» Por que ahora me llamarán don Querubín, ¿no es así?

JUAN L. Ahora te llamarás como te dé la gana, que con dinero todo se arregla.

QUER. Menos lo mío.

JUAN L. ¡Qué disparate! Pon un suelto en un periódico que diga: «Para joven con dinero, hace falta padre cariñoso», y verás la de padres que se te ofrecen.

QUER. Juan León, ¿eso es posible?

JUAN L. ¡Pobre Querubín! ¡Cómo se conocen tus pocos años, á pesar de lo mucho que has vivido!

QUER. ¿De modo que dando dinero se puede tener un apellido y presumir de que se tiene padres?

JUAN L. No lo dudes.

QUER. ¡Juan León!...

JUAN L. ¿Qué?

QUER. Si me pongo bueno, te convido á papá y mamá.

ESCENA II

DICHOS y LAURITA, que, despeinada, descalza y con un abrigo de su madre, que, naturalmente, debe arrastrarla, aparece en la puerta y sisea.

(Juan León vuelve la cara y la ve.)

LAUR. (En voz muy baja) ¿Está despierto?

QUER. ¿Quién es? (A Juan León.)

LAUR. (Entrando.) Soy yo. Me he escapado de mi cuarto y vengo á ver á mi enfermo. Mira cómo vengo, Querubín Descalza y con un abrigo de mamá. (Se sienta á los pies de la cama.)

QUER. ¡Oh, qué buena! ¡Qué buena es usted, señorita! (Profundamente emocionado.)

LAUR. No me llames así. Dime Laurita. ¿No querías llamarme hermana?

QUER. ¿Hermana?...

LAUR. Sí; hermana. Pues verás. (Quitándose el pelo que le viene á la cara.) Mamá está durmiendo. ¡Qué gracia! ¡Si la vieras! Un brazo por aquí, otro por allí. ¡Graciosísima! (Ríe.) Voy yo, me levanto con mucho cuidado y empiezo á buscar las zapatillas. ¡Qué si quieres! No las encuentro. ¡Claro, aún no es de día! Por último, me decido á venir descalza, y *plin, plin, plin,* atravieso el corredor y... aquí me tienes.

QUER. ¡Oh! ¡Gracias, Laurita, gracias!

LAUR. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Qué gracias! Yo á ti, que te debo el estar otra vez con mi mamá y mi abuelito, y que por mi causa estás herido. ¡Bueno, pues á lo que iba! ¡Estoy contentísima! ¿No sabes por qué? (A Querubín.)

QUER. No.

LAUR. Te lo voy á decir. Ayer noche, cuando me fuí á acostar, oí que hablaba el abuelito con el médico, y como supuse que hablaban de ti, quise enterarme. No lo conseguí. Sólo oí que decía el médico: «Es inútil. De esta noche no pasa.» (Juan León hace un movimiento, queriendo cortar la charla de Laurita. Querubín lo impide.)

QUER. Déjala, Juan León. Sigue, Laurita, sigue.

LAUR. Pues figúrate; me fuí á mi cuarto llena de confusiones y me puse á rezar. Yo no sé lo que es la muerte, pero debe ser una cosa muy fea. Algo así como no volverse á ver. ¿Verdad?

QUER. Así es, Laurita.

LAUR. Entonces me dije: ¡Dios mío, si no volveré á ver á Querubín! Y recé; y le pedí á la virgen verte hoy; y ya ves, la virgen, que todo me lo concede, me ha permitido que te vea. Y esta noche le pediré verte mañana, y así todos los días. De modo que lo de la muerte

no va contigo! ¡Por eso estoy tan contenta! (Juan León solloza disimuladamente, vuelto de espaldas, pero Laurita le oye llorar. A Querubín.) ¿Por qué llora tu amigo?

QUER. ¡Por nada, Laurita! Es que es viejo y se enternece al ver lo buena que eres conmigo.

LAUR. ¡Pobre! Oye, Querubín, voy un momento al cuarto de mamá por si se despierta, pero volveré en seguida. ¿Quieres algo?

QUER. Dame un beso.

LAUR. Y mil. ¡Toma! (Dándole besos.) Hasta ahora mismo. (Sale graciosamente de puntillas.)

ESCENA III

QUERUBIN y JUAN LEÓN.

QUER. Acércate, Juan León.

JUAN L. ¿Qué quieres? (Secándose los ojos.)

QUER. No llores y óyeme atentamente. Sé que voy á morir y quiero hacer todo el bien posible á las personas que quiero. (Sufre un colapso.)

JUAN L. ¡Querubín!

QUER. Nada... No es nada. Todavía no... Abre... Abre un poco la ventana... ¡Quiero aire!... ¡Me ahogo!... (Juan León obedece. Por el fondo de la ventana se ve el verde y frondoso ramaje de los árboles del Parque iluminados por el sol naciente. Una infinidad de pájaros atruenan el aire con sus píos y trinos.) Así... gracias.. Acércate, Juan León; me queda muy poco que decirte. (Sonríe tristemente.) ¡Qué jaleo se traen los pájaros! ¿Eh, Juan León? ¡Nosotros somos menos que ellos! Ellos han tenido un nido, y el cuidado de sus padres. Nosotros... nada ¡Oye!. . Del dinero del premio, la mitad para ti. Otra mitad de lo que dejo, quiero que sea entregado á Rosita... A la hija de aquellos señores que me sacaron de allí... Si vuelves á declarar... hazlo en la misma forma que lo hicimos el primer día. El tío de Laurita iba á salvarla

cuando lo mataron. Está muerto y no conseguimos nada con descubrir... que era un bandido y un hipócrita. Que el favor á la niña sea completo... Juan León, esta es mi última voluntad. Prométeme que la cumplirás.

JUAN L. Sí, Querubín. Te lo juro. (Llorando.)

QUER. No llores... Juan León... Amigo mío. En este momento soy felíz. No sabes... á quién estoy.. viendo... (En delirio agónico.)

JUAN L. ¡Querubín...! Querubín (Llora.)

QUER. ¡Qué hermosa es...! ¡Es mi... madre! La madre de... todos... (Muere.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y LAURITA; que se asoma á la puerta y ve á Juan León con la cabeza entre las manos y á Querubín muerto

LAUR. ¡Anda! ¡También dormidos! ¡Pobres! ¡Digo! ¡La ventana abierta! Cerraré, no les despierte el canto de los pájaros. (Cierra la ventana y hace mutis de puntillas, echando un beso con la mano al cadáver de Querubín.)

TELON LENTO

OBRAS DE CARLOS ALLEN-PERKINS

Ninon, zarzuela en un acto. Maestro Chapí.

El Pipiolo, vaudeville en un acto. Maestro Calleja.

El fantasma de la gloria, drama en tres actos.

La muerte del Sultán, aventura cómica.

La Españolita, zarzuela en un acto. Maestro Calleja.

Juerguecita, humorada en un acto.

Sansón ó la gran batuda, inocentada en un acto. Maestro Riera.

La mano negra, melodrama en tres actos y un epílogo.

OBRAS DE CELSO LUCIO

A vista de pájaro.
El gorro frigio.
Boulanger.
El Mississipí.
Un vaso de agua.
Calderón.
Pan de flor.
Alta mar.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Claveles dobles.
Los secuestradores.
Los aparecidos.
El Gran Capitán.
Vía libre.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Mostenses.
Los Puritanos.
El pie izquierdo.
Las amapolas.
Tabardillo.
El cabo primero.
Pepito (parodia de *Juan José*).
El príncipe heredero.
Las malas lenguas.
El sueño de una noche de verano.
La marcha de Cádiz.
Los bandidos.
El juicio del año.
Plantas y flores.
Los conejos.
El pobre diablo.
Los camarones.
El arco iris.
La guardia amarilla.
¿Cytrato?... ¡De ver será.
El último chulo.
¡Á cuarto y á dos!...
El escalo.
María de los Ángeles.
Una estrella.
Juan y Manuela.
Los cuatro palos.
Fresa de Aranjuez.
Los pensionistas.
El kilométrico.
El nuevo Ministerio.
Congreso feminista.
Premio de honor.
La Puerta del Sol.
Alrededor del mundo.
La bocina de Regúlez.
Las campanadas.
El Comandante.
La mano negra.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.